COMEDIA FAMOSA.

LOS AMANTES DE TERUEL.

DE DON JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Emperador Carlos Quinto.	*Doña Isabèl, Dama.*	*Camacho, Graciosa.*
El Duque de Alva.	*Doña Elena, Dama.*	*Fabio, Criado.*
El Marquès de Almazàn.	*Luisa, Graciosa.*	*Feliciano, Soldado.*
Don Diego de Marsilla, Galàn.	*Juana, Criada.*	*Musica.*
Don Fernando de Gamboa.	*Don Pedro, Barba.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Diego, Doña Isabèl, Doña Elena, Camacho, y Luisa, alborotados, y delante Juana con luces, que pondrà en un bufete.

Isab. VIòte mi padre? *Diego.* No sè.
Isab. Si te viò, yo soy perdida.
Cam. En un trìs està mi vida.
Isab. Elena amiga, què harè?
Elena. Nada, que no nos ha visto.
Isab. Si, pero en duda, es mejor,
que por esse corredor::-
Cam. Aprisa, cuerpo de Christo.
Isab. Se passen al aposento
de Luisa.
Luisa. Pues voyle à abrir. *Vase.*
Diego. O quièn pudiera decir
(mas es vano pensamiento)
lo que me pesa de darte
pesares por este modo.
Isab. Amor tengo para todo,
no tiene de què pesarte.
Tù, prima, quedate aqui,
hasta ver lo que sucede,
y de lo que huviere, puede
avisarme Juana à mì,
mientras yo voy con los dos.
Juana. En todo te servirè.
Isab. Ponte à essa puerta. *Juana.* Sì harè.
Cam. A Dios, Juana. *Juana.* A Dios.
Cam. A Dios.
Vanse los dos con Isabèl, y ponese à la puerta Juana, y Elena se queda sola.
Elena. Cosas suceden, que apenas
puede el mismo pensamiento,
ni discurrir en las causas,
ni pensar en los efectos.
Sola he quedado à tener
(fueronse? si, ya se fueron)
cuenta, si viene mi tio,
mientras mi prima, y Don Diego,
que se adoran::- esto basta
para decir, que à ser vengo
tercera de sus amores,
quando yo::- pero no quiero
decirlo, porque decirlo,
y caerme muerta luego,
puede ser que sean dos cosas,
pero ninguna primero.

Aunque no: yo yerro el modo,
ſin duda, de mi remedio;
pues ſi diciendo yo aora
lo que ſufro, y lo que peno,
muero, y con mi muerte ceſſan
de mi vida los tormentos,
mejor es decirlo todo,
y deſcanſar, pues es cierto,
que eſſo vendrè à vivir mas,
ſi me murieſſe mas preſto.
Vaya de penas, Amor,
y vaya de ſufrimiento,
para que tenga lugar
de hacer ſu oficio el veneno.
Mi prima, y Don Diego (ay triſte!)
ſe quieren con tal extremo,
que ſu amor es en Teruèl
oy la fabula del Pueblo.
Yo ſin poder reſiſtirme,
(de decirlo me averguenzo)
por natural ſimpatìa,
por influencia del Cielo,
por muſica de la ſangre,
ò por otro algun miſterio
ſecreto, que yo no alcanzo,
pierdo por Don Diego el ſeſſo;
ſin vèr, ſin conſiderar,
que Don Diego tiene dueño.
Ay de mì! que à todas horas,
acà de parte de adentro
muero, y ſin poder decir
ſiquiera del mal que muero,
porque ſiendo eſta mi ſangre,
y el eſtado de amor ciego,
què puedo hacer, que no ſea,
ò en daño de mi reſpeto,
ò en agravio de mi prima,
ò en ofenſa de Don Diego,
ò en peligro de los tres,
ò en todos, que es lo mas cierto?
Amor, rindamos las armas
à la fortuna, y al tiempo,
que ſon los contrarios muchos,
y ya no puedo con ellos.
Goce Don Diego mi prima,
viva mi prima en ſu pecho,
atelos una lazada,
arrullelos un requiebro,
y muera yo, ſi ellos viven,
que lo mas priva lo menos,
y ellos ſon aqui lo mas;
pero ſi yo ſoy primero
en mì, que nadie en el mundo,
còmo mi muerte conſiento,
quando me falta que hacer
el mas eficàz remedio,
que ha podido concertar
un deſatinado afecto?
Don Fernando de Gamboa,
(que es entre los Cavalleros,
ſi no mas galàn que muchos,
mas rico que todos ellos)
quiere caſar con mi prima,
y aunque ella no advierte en ello,
por ſer tan fina, que hiciera
eſcrupulo de ſaberlo,
yo con el anſia de verla
divertida en otro emplèo,
porque deſpues de caſada
me quede libre Don Diego,
con falſas demoſtraciones,
con fingidos cumplimientos,
con favores inventados,
y con recados ſupueſtos,
ſin ſaber nada mi prima,
à Don Fernando entretengo,
y le doy de parte ſuya
eſperanzas por lo menos.
Bien conozco, bien conozco,
la baxeza que cometo,
pero yo no puedo mas;
que en llegando à tanto exceſſo
el amor, ni oye razones,
ni ſe reduce à conſejo.
Pero ſi lo lloro tanto,
pero ſi tanto lo ſiento,
còmo me detengo aora
en diſcurſos, ni argumentos?
quando allà dentro los dos::-
Juana? *Juana.* Señora. *Sale.*
Elena. Al momento,
cierra primero eſſa puerta:
perdida ſoy. *Juana.* Ya la cierro.
Elena. Vè, llama eſſa gente apriſa;
no has ido?
Juana. Ya te obedezco. *Vaſe.*

Elena.

Elena. Salgan, salgan acà fuera,
que aunque de verlos me ofendo,
porque lo que veo es mucho,
es mucho mas lo que pienso,
que siempre quien zelos tiene,
tiene mayor desconsuelo
en temer lo que imagina,
que es ver lo que està temiendo.

Salen Juana, Camacho, Don Diego, Doña Isabèl, y Luisa.

Luisa. No temas. *Cam.* Còmo es possible?
hecho una vasura vengo.
Diego. Elena. *Isab.* Prima, què ha havido?
Elena. Que lo que dixe fue cierto;
no los ha visto mi padre,
ni tiene tal pensamiento,
y quando lo imaginàra,
y entrar quisiera àca dentro,
es mejor que te halle aqui,
porque en echandote menos,
ha de ser fuerza buscarte,
y hallarte tambien con ellos:
por esso mandè cerrar
aquella puerta, y por esso
dixe à Juana que os llamàra:
que como del riesgo vuestro
me alcanza à mì tanta parte,
como quien soy, os prometo,
que despues que de aqui os fuisteis,
con el susto, y el recelo
no he podido sossegar.
Isab. Y como que te lo creo,
que quando à juntarse vienen
la amistad, y el parentesco,
hace el ingenio milagros.
Diego. Yo por mi parte agradezco,
Elena, tanta merced.
Isab. Y yo la mano te beso:
no hay cosa como una amiga
de confianza, y secreto
para cosas semejantes:
mas dexando cumplimientos,
mirad que huelgan las sillas.
Elena. Bien ha dicho. *Isab.* Aqui, D. Diego.
Diego. Donde tù quisieres sea. *Sientanse.*
Isab. Quiero yo que estès en medio,
porque goces de mi prima.
Elena. Todo puede ser viviendo. *ap.*
Luisa. Ya no tienes que temer.
Cam. Sì tengo tal. *Luisa.* Pues es yerro,
que Don Pedro mi señor,
pues que de su quarto ha buelto,
es cierto que està acostado.
Cam. Yo tengo azàr con los Pedros,
aunque estèn en cueros vivos.
Luisa. Pues por què?
Cam. Porque me acuerdo
del Rey Don Pedro el Cruel.
Luisa. Eres un gallina. *Cam.* Niego,
que si lo fuera à estas horas
estuviera ya durmiendo.
Luisa. Pues còmo, si no lo eres,
te vienes con esse miedo?
Cam. Porque no tengo otro en casa,
y vengo con el que tengo.
Hay muger mas apretante!
Pero à nuestro amor bolviendo,
quieresme mucho? *Luisa.* Te adoro,
y en viendote que te veo,
el alma se me columpia.
Cam. No te creo. *Luisa.* Luego miento?
Cam. No fuera mucho milagro,
porque decia mi abuelo,
que tres cosas se usan siempre,
que son vestir terciopelo,
comer olla, y mentir mucho
la muger en qualquier tiempo.

Suena musica dentro.

Mas tèn, que si no me engaño,
suenan varios instrumentos
de musica en las ventanas.
Elena. Si Fernando, por festejo *ap.*
de mi prima, està en la calle,
de entrambos assi me vengo.
Diego. No hay duda, musica es.
Isab. A mì me miras, Don Diego?
pues què importa que lo sea,
si sabes que eres mi dueño?
Fuera de que es ofender
los muchos merecimientos
de Elena. *Diego.* No digas mas,
que ya mi yerro confiesso:
mas oid, que cantar quieren.
Isab. Pues què importa? canten ellos,
mientras hablamos nosotros.
Diego. La musica es un remedo

de la Gloria, y quien no gusta
de ella, ofende su concento;
y asi, pues que para hablar
hasta la mañana hay tiempo,
escuchemos, por tus ojos.
Isab. Pues tù gustas, escuchemos
alabanzas de mi prima.
Elena. Presto lo diràn los versos. *ap.*
Musica. Rompled las dificultades,
Belisa, que hay para veros,
verè yo lo que me amais,
y vos vereis lo que os quiero.
Diego. Llamaste à Isabèl, Elena?
Elena. Respondete tù à tì mesmo.
Isab. Yo soy Isabèl. *Diego.* Ha si?
Isab. Digolo, porque te entiendo.
Diego. Como denantes dixiste,
que era este galantèo
por Elena::- *Cam.* Aora digo,
que eres un gran majadero;
porque viviendo dos juntas
(verbi gracia) ya es muy viejo
decir, que quantos visitan,
aunque sean quatrocientos,
todos vienen por la otra.
Isab. Pues, infame::- *Diego.* Quedo, quedo,
que la verdad no es delito.
Elena. Esso si, sepan de zelos,
y mueran, pues muero yo.
Isab. Nunca te he visto tan necio.
Diego. Esta es necedad? *Isab.* Muy grande,
que las que hacen los discretos
son pocas, pero lucidas:
bien se vè, pues, que sabiendo
lo que me debo à mì misma,
y lo que::- pero què es esso?
Llaman à la ventana, y todos se levantan.
Cam. Què? llamar à la ventana.
Diego. Y dar en mi honor el eco.
Dentro Fern. Mi bien, señora, Isabèl.
Isab. Apenas à hablar acierto. *ap.*
Cam. Ya escampa, y llovian guijarros.
Diego. Y aora?
Elena. Bien se ha dispuesto. *ap.*
Diego. Serà necedad decir,
que quien tiene atrevimiento
de hablar asi desde afuera,
tiene licencia de adentro?
Isab. Luisa, Juana, Elena, hablad.
Diego. Lindos testigos por cierto,
una prima, y dos criadas.
Isab. Pues vive Dios, que aunque en ello
todo mi honor aventure,
lo he de averiguar, y luego
no me has de vèr en tu vida.
Elena. Haràs muy bien, que es desprecio
tuyo sufrir tal desaire.
Isab. Tù veràs como me vengo:
Luisa, retira essa luz,
y vosotras (sin aliento
estoy!) apartaos de aqui.
Diego. Pues què intentas?
Isab. Esto intento,
para que sepas quien soy.
Retiranse, y abre la ventana, y estarà en ella Don Fernando.
Elena. Mucho aqueste lance temo, *ap.*
si mi engaño se averigua.
Diego. Muerto escucho! *Isab.* Cavallero.
Fern. Es Isabèl? *Isab.* Què sè yo;
estoy tal, que no lo creo:
quièn sois? *Fern.* No me conoceis?
Isab. Pues decid, què fundamento
teneis para hacer conmigo
este desalumbramiento?
Fern. Si os haceis desentendida,
porque refiera de nuevo
los lances que en esto ha havido::-
Isab. Què lances? decidlos presto.
Fern. Pues digo, que vuestros ojos,
vuestro garvo, vuestro assèo,
y vuestro ingenio::- *Isab.* Adelante,
que lo que dices es bueno
para hablarme desde cerca,
y quererme desde lejos:
mas para llamarme asi,
què causa os mueve?
Cam. Aqui es ello.
Fern. Què causa? tantos favores,
y tantos recados vuestros
como tengo recibidos:
mas ruido de espadas siento
de alguno, que à mis criados
se ha atrevido descompuesto,
y por esso, à Dios. *Isab.* Oidme
una palabra primero.

Fern. Dexadlo para mañana,
en aqueste mismo puesto,
donde os dirè mas de espacio
lo que os pago, y lo que os debo. *Vase.*
Isab. Cielos, què es esto que he oido!
Elena. Famosamente se ha hecho. *ap.*
Diego. Ya no hay que esperar aqui.
Cam. No señor, que es perder tiempo,
y lo mejor es dexarlo.
Isab. Juana, si yo no me muero;
Luisa, si yo no me mato;
prima, si el juicio no pierdo,
no cumplo con mi dolor.
Elena. Parece cosa de sueño.
Luisa. Hay tan gran vellaquerìa!
Diego. Este es el mejor acuerdo,
sigueme, Camacho. *Cam.* Vamos.
Isab. Pues à dònde tan resuelto?
Diego. A salir, porque ya es hora:
suelta, ingrata, el ferreruelo.
Isab. Tù tambien quieres ahogarme?
Diego. Hora es, desahogarte quiero,
abre essa puerta. *Isab.* Si harè,
porque es muy justo el hacerlo,
mas serà de esta manera.
Cierra, y guarda la llave.
Aora, aora veremos
como sales. *Diego.* Còmo salgo?
echando à coces::- *Elena.* D. Diego::-
Luisa. Considera::- *Juana.* Mira::-
Cam. Advierte::-
Isab. Dexale, porque al estruendo
dispierte toda la casa,
salga mi padre, y mis deudos,
y rematemonos todos.
Elena. Esso es perderse, y perdernos,
mejor es darle la llave.
Isab. Y que yo quede muriendo?
no prima, no me està bien.
Diego. Aora bien, ya yo me quedo,
por escusar alborotos,
mas esto con presupuesto,
que no me has de hablar palabra.
Cam. Pues entre tanto, què haremos?
Diego. Passearnos. *Cam.* Bien has dicho,
và de bueltas, y passeos. *Passeanse.*
Elena. Yo no le hablarè palabra
esta noche por lo menos.
Isab. Yo si, que estoy rebentando.
Cam. Jesus, què desassossiego,
y què perdicion de casa!
Diego. Muger, muger en efecto.
Isab. Señor mio, ya conozco,
claro està, ya considero::-
Anda siguiendo à Don Diego.
Diego. Como esso passa en el mundo.
Cam. Toda es traicion, y embeleco.
Isab. Quan enojado estareis;
pero juntamente os ruego
por mi amor, por mi verdad,
y por mi vida::- *Diego.* Ya pienso,
que amanece. *Cam.* Las tres son.
Isab. Que me escuches.
Cam. No hay remedio,
que son cosas acabadas.
Diego. Para què respondes, necio?
Cam. Para que no nos persiga.
Isab. Ya esso es passarse à grossero
de zeloso, y es querer
echarme un dogal al cuello.
Diego. Pues què quieres?
Isab. Que me escuches,
ò que con tu mismo acero
me mates, si te he ofendido.
Diego. Aunque yo estoy satisfecho,
quanto à mi, de la verdad,
porque la escuchè yo mesmo,
preciome de tan hidalgo,
y de tan cortès me precio,
que escucharè tus mentiras.
Cam. Bien has hecho, que en saliendo
serà lo que Dios quisiere.
Isab. Pues digo, señor, que el fuego
de un rayo vivo me abrase
por soberano decreto,
si à esse hombre, si à esse hombre
(que aun del nombre no me acuerdo)
he hablado, escrito, ni oido,
en pùblico, ni en secreto.
Es verdad, que en tu presencia
(solo de pensarlo tiemblo!)
que soy liviana me dixo,
y muger comun me ha hecho;
mas què importa que èl lo diga,
y que llegues tù à creerlo,
si del ser al parecer

hay

hay tantas lenguas en medio?
Y què importa, que una nube,
considerada de lejos,
parezca gota de tinta,
que en el papel blanco, y terso
de aqueſſas hojas azules
paſſa por borron del Cielo,
ſi del Cielo la pureza
no admite tales defectos,
y viene à ſer el penſarlo
culpa del ſentido nueſtro?
Cielo es mi honor criſtalino.
Què importa, pues, que groſſero
un teſtigo le baldone,
ſi le abona un privilegio?
Y ſi eſta razon no vale,
ſi no vale eſte argumento,
dime por tu vida, dime
(perdona ſi me enternezco)
no me he criado contigo?
no vives pared en medio
de mi caſa? No te conſta,
ſi, que jamàs tuve aliento
para mirar otros ojos?
No ſabes, que tu precepto
ha ſido ley inviolable
para con mi amor honeſto?
Y no ſabes, finalmente,
que mil veces diſcurriendo
en que mi padre podia
entregarme à dueño ageno,
muerta en tus brazos me viſte,
y quando bolvì en mi acuerdo,
en muchos dias mis ojos
no ſe abrieron, no ſe abrieron,
ſino para derramar
ſangre del alma por ellos?
Eſto, ſeñor, no es aſsi?
no es aqueſto aſsi, Don Diego?
Pues ſi es aſsi, còmo, còmo
à mi verdad deſatento,
y atento ſolo à una culpa,
que no alcanzo, ni penetro,
aventuras mi decoro,
y desluces mi reſpeto?
Coſas ſon eſtas, ingrato,
que quando las conſidero,
quiſiera que::- pero tù
no tienes culpa de aqueſto,
ſino mi triſte fortuna,
ò algun engaño encubierto.
Y aſsi, para que yo pienſe,
que alguna piedad te debo,
buſca, averigua, raſtrèa
ſagàz, advertido, cuerdo,
aqui, en la calle, en la plaza,
el còmo, el quàndo, y el tiempo;
y ſi con culpa me hallàres
en el primer movimiento,
dexame, que es la venganza
de mas fuerza, y de mas peſo
para una muger, que nace
con honra, y entendimiento.
Y ſi nada de eſto quieres,
retirate à eſſe apoſento,
pues ya empieza à amanecer,
y ſin andar por rodèos
declarate con mi padre,
que es lo mejor, pues teniendo
de nueſtra parte à mi prima,
no hay que temer mal ſuceſſo;
pues quando todo lo dicho
no ſea de algun efecto,
ſerà conſuelo ſaber,
aunque penoſo conſuelo,
que para la vida hay muertes,
para la fuerza Conventos,
para el engaño verdades,
para la pena venenos,
para la garganta lazos,
para el corazon aprietos,
para las deſdichas ojos,
y para los ojos lienzos, *Llora.*
que de mortaja me ſirvan,
ſi te he ofendido con ellos.

Elena. Eſto me importa eſtorvar. *ap.*

Diego. Que eſtoy tierno te confieſſo.

Cam. Que mucho, ſi lo que ha dicho
baſtaba, por Dios Eterno,
à hacer un diamante puches,
y baturrillo un cimiento?

Diego. Levanta, Iſabèl, los ojos.

Iſab. Què dices? *Diego.* Que lo poſtrero
hemos de hacer. *Elena.* Pues yo voy
delante, por ſi al encuentro
ſalieſſe alguno de caſa.

Diego.

Diego. Mi vida en tus manos dexo.
Elena. Ven, Juana. *Juana.* Ya voy tràs tì.
Elena. Yo pondrè en esto remedio,
porque hablarè con mi tio,
con titulo de buen zelo,
y avisare à Don Fernando
de todo, porque al momento
à pedirla se adelante,
antes que llegue Don Diego. *Vanse.*
Isab. Estàs ya desenojado?
Diego. Si no lo estoy, estarèlo.
Isab. Mas pensè que te debia.
Diego. Son muy villanos los zelos.
Isab. O què mal rato me has dado!
Diego. Y helo tenido yo bueno?
Isab. Ay Don Diego de mis ojos!
Diego. Si estos favores grangèo,
por los zelos que me diste,
que me dès otros te ruego,
que aunque de valde son caros,
tomarè muchos al precio:
mas Juana sale. *Sale Juana.*
Juana. Venid
por acà, porque Don Pedro
mi señor sale à este quarto,
y con èl, à lo que entiendo,
ha encontrado mi señora.
Isab. Gran desdicha!
Diego. Grande aprieto!
Juana. Dame de presto la llave,
antes que nos halle el viejo,
de esta puerta. *Isab.* Toma, Juana.
Cam. Con mil palos me contento,
y aun con menos tengo hartos.
Juana. Ya està abierta.
Isab. Vèn, Don Diego.
Diego. Corre, Camacho.
Cam. Anda, Luisa.
Luisa. Toda esta noche es agueros. *Vanse.*
Salen Don Pedro, y Elena.
Pedro. Tù vestida à estas horas?
Elena. No te alteres;
y pues discreto eres,
con atencion me escuche tu respeto,
y la causa sabràs de aqueste efeto.
Pedro. Dila presto.
Elena. Ya tendràs noticia,
(bien assi se introduce mi malicia) *ap.*
de que mi prima, y yo::-
Pedro. Todo me altera.
Elena. No quisiera que nadie nos oyera.
Ped. Aqui còmo es possible? ay penas graves!
Elena. Pues oye: digo, pues, que como sabes,
hasta tomar estado,
con mi prima en tu casa me he criado,
y aunque la tengo amor, como à mi prima,
su honor, que por ser tuyo me lastima,
me hace decirte::- *Pedro.* Què?
Elena. Que Don Fernando
anda oy su virtud solicitando
con grande extremo.
Pedro. No es para casarse?
Elena. Si señor.
Pedro. Pues hay mas de efectuarse?
Elena. Esso, señor, es lo que yo deseo,
por lo bien que à mi prima està su empleo;
mas hay un embarazo solamente.
Pedro. Què embarazo, no siendo mi pariente,
y pudiendome hablar? *Elen.* Haver sabido,
que pretende tambien ser su marido,
y no sin harta nota de la Villa,
este hijo de Hipolito Marsilla,
y no querer con nadie competencia
hasta saber tu gusto, y tu licencia;
de cuya dilacion resultar puede,
como siempre sucede,
peligro en Don Fernando, y en D. Diego,
porq̃ en amor el hombre siempre es ciego.
Tù eres prudente, y vès el desengaño,
yo soy tu sangre, y reconozco el daño:
harto te he dicho, casala, si quieres,
con D. Fernando, ò con quien tù quisieres,
que aunque demàs està mi advertimiento,
yo cumplo con decirte lo que siento.
Ped. No en valde te he querido siempre tanto,
que aun à tu prima casi te adelanto,
por tu honor, tu virtud, y tus costumbres.
Elena. Quisierate escusar de pesadumbres.
Ped. Yo quiero luego hablar à D. Fernando,
para que elija dònde, còmo, y quàndo
quiere que se efectue el casamiento,
que yo no he menester consentimiento
de mi hija, sabiendo que es mi hija,
y que es fuerza que elija
solo à quien yo quisiere,
que aunque à Don Diego nadie le prefiere

en la virtud, y ſangre que ha heredado,
D. Diego es pobre, y yo no eſtoy ſobrado:
y en fin, juſto, ò injuſto,
eſte es mi guſto, y ha de hacer mi guſto.
Vaſe à entrar, y ſalen Doña Iſabèl, Don Diego, Camacho, y Luiſa, y quedanſe al paño, y por la otra puerta ſale Fabio.
Fabio. Mi ſeñor Don Fernando
de Gamboa à la puerta eſtà eſperando,
licencia para entrar pide.
Pedro. Decid, que entre.
Elena No vaya aora, porque no le encuentre.
Iſab. El miſmo inconveniente queda luego:
entra, Camacho. *Sale Camacho.*
Cam. Mi ſeñor Don Diego
eſtà eſperando.
Pedro. Pues decid, que aguarde.
Diego. Quien nace pobre, ſiempre llega tarde;
mas no importa, eſcuchemos,
haſta vèr en què paran ſus extremos.
Elena. Ya no eſpero ſentencia en daño mio,
ſiendo Juez la codicia de mi tio,
y llegando Fernando à hablar primero;
y aſsi, dexarles quiero,
por no dar à entender, ſi eſtoy delante,
el placer, ò el peſar en el ſemblante:
aguarda aqui, que luego doy la buelta.
Iſab. Si harè, pues à morir eſtoy reſuelta.
Elena. Harto me peſa à mi.
Iſab. Bien te lo creo.
Elena. Todo ſuceda como yo deſeo. *Vaſe.*
Sale Don Fernando.
Pedro. Por la mano, ſeñor, me haveis ganado.
Fern. Yo me huelgo de haverme adelantado,
y aſsi eſcuchad. *Pedro.* Decid.
Fern. Yo ſerè breve.
Ped. Y yo tambien, ſi lo que pienſo os mueve.
Fern. Yo quiero bien à vueſtra hija, y creo,
que paga honeſtamente mi deſeo;
ſoy quien ſabeis, pretendo ſer ſu eſpoſo,
tocaos à vos el darla al mas dichoſo,
y holgarème de ſer el eſcogido;
mirad ſi breve, y compendioſo he ſido.
Pedro. Yo lo ſerè tambien en convenirme.
Sale Don Diego.
Diego. Aqui entro yo, y aora haveis de oirme.
Pedro. Pues còmo.:- *Empuñan las eſpadas.*
Fern. Pues por què? *Diego.* Tened, os ruego,
y como me eſcucheis, matadme luego.
Ped. Decid, que ya os entiendo, y enfadado
de la licencia que os haveis tomado:-
Fern. Deſpues caſtigarè ſu atrevimiento.
Iſab. Apenas para oirle tengo aliento.
Luiſa. Aora ſe repuntan unos, y otros.
Cam. Y luego nos ſacuden à noſotros.
Diego. Quando los lances ſon tan apretados,
revelar los ſecretos mas guardados,
no vanidad, ſeñor, fuerza ſe llama,
y mas haviendo de por medio Dama,
guſto, amor, competencia,
honra, peligro, libertad, violencia,
y otras paſsiones triſtes à eſte modo,
como en aqueſte caſo, que lo hay todo.
Deſde que el Sol dorado,
corazon de los Cielos nacarado,
con media luz madruga,
y del Alva los pàrpados enjuga
al fuego de ſus càndidas centellas,
haſta que con la noche las Eſtrellas,
que à verle ſe aſſomaron,
peſtañean la luz que le heredaron,
gaſto en idolatrar à vueſtra hija,
ſin que otro aliento à mis potencias rija:
tanto, ſeñor, que ſabe el Cielo ſanto,
que de quererla tanto
me peſa muchas veces, porque pienſo,
que ſi agotando voy mi amor inmenſo,
no tendrè oy el amor, que ayer tenia,
y faltandome amor para otro dia,
la puedo no querer en algun modo,
por haverſelo ya querido todo.
Y ſi lo quieres vèr mas claramente,
pon en una balanza diferente
todo el amor de Piramo, de Orfèo,
Adonis, Colatiño, Accis, Persèo,
Plaucios, Macias, Jupiter, Apolo,
Iſis, Faetòn, Teagenes, Mauſeolo,
Gneto, Pàris, Leandro,
Uliſes, Marco Antonio, y Periandro,
y pon en otra ſolo el amor mio,
y veràs que ninguno tiene brio,
porque ninguno alcanza
à peſar lo que peſa eſta balanza.
No hay hora, no hay inſtante,
que al bolcàn de mi pecho fulminante
no arroje vivas llamas, cuya lumbre
paſ-

passa por Astro en la Celeste cumbre,
que lo amarillo de essa azul esfera,
quando en rojos carbones reverbera,
no es tostado del Sol de tantos dias,
sino incendio de las ansias mias,
que la menor hasta los Cielos sube,
y unas veces es rayo, y otras nube.
Esto supuesto por verdad segura,
y supuesto tambien, que la hermosura
de Isabèl, con reciprocos favores,
alienta, y vivifica mis amores,
dame à Isabèl, assi los años cuentes,
que el pàjaro de plumas diferentes
en el Arabia goza, donde habita,
siendo, quando se muere, y resucita,
con cada parasismo,
hijo, padre, y abuelo de sì mismo.
Y en efecto, assi triunfes de qualquiera
enemigo, señor, que mal te quiera,
y como yo à tus pies arrodillado,
vencido te los bese, y humillado. *Arrodill.*

Pedro. Advertid, que es excesso conocido.

Diego. Que el favor me concedas, que te pido,
siquiera por tener de aqui adelante
en mì, no esposo, no galàn, ni amante,
que provoque tu enfado,
sino un esclavo, un hijo, y un criado,
que te consagre todo su alvedrìo;
y si esto no te mueve, señor mio,
muevante aquestas lagrimas que lloro,
perdone aqui el decoro,
que aunque el valor estraña los gemidos,
para sentir se hicieron los sentidos.
Muevante (otra vez digo)
si no los ruegos de un humilde amigo,
los que me aguardan tràgicos sucessos,
si tu piedad no templa mis excessos;
porque si perseveras
(ò no lo quiera Amor, ni tù lo quieras!)
en darla à Don Fernando,
quando vivo sus ojos adorando,
yo mismo homicida de mì mismo,
aun que el mundo lo tenga à barbarismo,
me he de tratar de suerte,
que à ser venga instrumento de mi muerte,
ò à voces repitiendo mi tormento,
ò para mì callando lo que siento,
ò retorciendo la vital estambre,
ò aumentando las fuerzas à la hambre,
ò bebiendo licores inhumanos,
ò rasgandome el pecho con las manos,
ò mirando su amor puesto por obra,
que donde zelos hay, el puñal sobra.
Haz aora tu gusto, segun esto,
que para todo me hallaràs dispuesto.

Pedro. Estraño efecto de amor!

Fern. Y aun arrojamiento estraño?

Pedro. Confiesso, que enternecido
su voluntad me ha dexado.

Fern. Solo aguardo tu respuesta.

Dieg. Solo tu respuesta aguardo.

Fern. Si Elena no me ha mentido, *ap.*
yo lograrè mi cuidado.

Diego. Si hay piedad en sus entrañas, *ap.*
yo te vencerè llorando.

Pedro. No es la respuesta muy facil,
y por esso la dilato,
que hay casos en que el discurso
no se atreve à dar un passo,
ò embarazado en su duda,
ò en su riesgo embarazado.
El exemplo, como dicen,
le tocamos con las manos;
pues en el caso presente,
parece impossible caso,
que pueda dexar de errarse,
aun haviendose acertado.
Si à Don Diego se la doy,
me quedo necessitado,
y grangèo un enemigo:
dandosela à Don Fernando,
no cumplo con la piedad,
que me debo à Cortesano:
por lo qual, en mi decoro
viene à ser razon de estado,
no haver de darla à ninguno
por querer darsela à entrambos;
porque casi à un tiempo mismo
miro, noto, advierto, y hallo
congruencia en el dichoso,
justicia en el desdichado,
comodidad en el rico,
y en el pobre desamparo.
Esto respondo. *Fern.* Yo digo,
que me doy por obligado,
porque ya que yo la pierdo,
no la gane mi contrario.

Diego. Yo no, yo no, porque assi

el derecho me has quitado,
que tengo à ſu voluntad,
como tù eſtàs confeſſando.
Y aſsi, ſupueſto, ſeñor,
que el negarme aqui ſu mano
es ſolo por verme pobre,
oye el mas extraordinario
efecto de amor, que han viſto
Griegos, Perſas, y Romanos.

Pedro. En què forma?

Diego. Eſtadme atento:
Dadme un plazo ſeñalado
para llegar à ſer rico;
y ſi cumplido eſte plazo
no lo fuere, deſde luego
dexo, y renuncio en tus manos
quanto derecho tuviere
al caſamiento tratado.

Pedro. Digo que el concierto admito:
què plazo quieres? *Diego.* Dos años.

Pedro. Yo te doy tres, y tres dias.

Fern. Y eſſe termino paſſado,
la haveis de caſar conmigo?

Pedro. Digo que à todo me allano.

Fern. Soy contento.

Diego. Y yo tambien,
porque en eſſe breve eſpacio
no pienſo dexar del Orbe
Clima torrido, ò elado,
Isla, Ciudad, Selva, Reyno,
Monte, Mar, Provincia, ò Campo,
que para buſcar hacienda
no tragine, aventurando
honra, ſalud, vida, y guſto;
fuera de que Don Gonzalo
de Aragon ſe parte aora,
ſiguiendo à Carlos los paſſos,
que en buſca de Solimàn
và en perſona caminando,
y me tengo de ir con èl.

Iſab. Què es lo que eſtoy eſcuchando!

Diego. En cuya conquiſta juro,
valiente, y deſeſperado,
de emprender tales hazañas,
que, ò me negocien trabajos,
heridas, congojas, muertes,
diſguſtos, anſias, enfados,
hambres, infortunios, penas,
cautiverios, y fracaſos;
ò me ſoliciten glorias,
aumentos, medras, aplauſos,
oficios, teſoros, dichas,
honores, triunfos, y lauros,
para que mas dignamente,
ſin eſtorvos, ni embarazos,
alcance, merezca, goce
la dicha, el bien, y el regalo
de los ojos de Iſabèl
en ſus amoroſos brazos.

Pedro. Pues Don Gonzalo es mi amigo,
yo he de hacer, que Don Gonzalo
por ſu camarada os lleve.

Fern. Si para ſerviros valgo,
yo tambien me ofrezco à hablarle:
para que le aleje tanto, *ap.*
que no me pueda dar zelos.

Diego. Eſto es honrarme, y honraros.

Pedro. Pues vamos, Fernando, apriſa,
porque ſi mas nos tardamos,
podrà ſer, que ſe haya ido.

Diego. Con la reſpueſta os aguardo
à la puerta de mi caſa.

Pedro. Al punto la buelta damos.

Iſab. Haz lo que te tengo dicho.

Cam. Señor? *Llama à D. Diego aparte.*

Diego. Ya entiendo, Camacho;
pero haſta bolver la eſquina
es forzoſo acompañarlos.

Vaſe con Don Pedro, y Don Fernando, y ſalen Doña Iſabèl, y Luiſa.

Iſab. Puedo ſalir? *Cam.* Si señora,
que ya vàn la calle abaxo,
y ya buelve mi ſeñor.

Iſab. Loca eſtuve, y muerta ſalgo:
Cielos, què ha de ſer de mi?

Sale Don Diego.

Diego. Pues todo lo has eſcuchado,
no ſerà, no, meneſter
decirte nada. *Iſab.* No, ingrato,
que ya he viſto, que has querido,
por vengarte (aqueſto es llano)
de los zelos que tuviſte
anoche de Don Fernando,
irte, y dexarme ſin vida.

Diego. Yo, ſeñora? *Iſab.* Tù, tirano,
porque nadie hacer pudiera
un error tan declarado,
ſino es queriendo perderme.

Cam.

Cam. La verdad, señor, te ha hablado.
Diego. Por què? *Cam.* Yo te lo dirè;
porque si vès mil Soldados
hartos solo de servir,
que de comer no estàn hartos,
que pobres, desnudos, rotos,
tullidos, cojos, y mancos,
con un brazo à la gineta,
y con una pierna en falso,
paran en pedir limosna:
còmo quieres tù en tres años
ir, medrar, y bolver rico,
como cura por ensalmo?
Diego. Y no ha havido tambien muchos,
que por su brio han llegado
à merecer grandes puestos?
Isab. No suele ser ordinario,
porque para no medrar,
el merecer es atajo;
pero doyte que lo sea,
y doyte que los balazos,
las picas, y los mosquetes
de tanto fiero contrario
no te toquen, que no es facil,
que siempre à los desdichados
halla la bala mas cerca,
y la muerte mas à mano:
què escritura, dì, te han hecho,
ò què fianza te han dado
mis penas, para que pienses
que en un destierro tan largo,
me han de hallar viva tus ojos,
dexandome agonizando?
Yo me holgàra de tener
un amor tan mesurado,
que lo pudiera templar,
ò el alivio, ò el engaño.
Pero si nadie se tassa
los sentimientos amando,
amando, y estando ausente,
còmo podrè yo tassarlos?
Ea, señor, buelve en ti,
y tèn lastima de entrambos,
pues no es razon que un capricho,
impossible, y temerario,
rompa de dos corazones
el mas bien tegido lazo:
què dices? *Isab.* Isabèl mia,
si otro remedio no hallo
para llegar à ser tuyo,
què puedo hacer en tal caso?
Isab. Yo te lo dirè de presto:
yo hasta aqui mi honor mirando,
no me he atrevido à hacer cosa,
que ofendiesse mi recato;
mas llegando la ocasion
de un lance tan apretado,
en nada repararè,
pues con mi esposo me salgo,
quando el Pueblo lo murmure:
y assi, llevame bolando
à tu casa. *Diego.* Solamente
con esso, Isabèl, acabo
de confirmar mi desdicha,
pues estoy en tal estado,
que con estarme tan bien
lograr lo que quiero tanto,
no es possible en mi decoro
el hacerlo, ni el pensarlo.
Isab. Por què?
Diego. Porque si tu padre
es conmigo tan bizarro,
que pierde por mi respeto
de renta seis mil ducados,
no he de ser yo tan infame,
tan grossero, y tan villano,
que una fineza tan noble
la pague con un agravio;
fuera de que ya lo dixe,
y basta haver empeñado
mi palabra. *Isab.* En fin, Don Diego,
que à detenerte no basto?
Diego. No, Isabèl. *Isab.* Pues vete, vete:
el corazon se me ha elado,
y si à la primer jornada
(que no serà, no, milagro)
te dixeren que soy muerta,
tenlo por averiguado,
y echate la culpa à tì;
y à Dios, que estoy rebentando
por hartarme de llorar.
Diego. Dame primero los brazos,
por si no te buelvo à vèr. *Abrazanse.*
Isab. Ay de mì! ya no te hablo,
porque no puedo, aunque quiera.
Diego. Harto me dices callando.
Isab. Luisa, vèn. *Diego.* Oye primero:
pero la Caxa tocaron. *Tocan caxas.*

Isab. Y es à partir? *Diego.* Si señora.
Isab. Gran dolor!
Diego. Tormento estraño!
Isab. Duro golpe! *Diego.* Triste dia!
Isab. Pena fuerte!
Diego. Trance amargo!
Isab. Què te vàs!
Diego. Què no he de verte!
Isab. Què te pierdo!
Diego. Què me aparto!
Isab. Què estoy viva!
Diego. Què no he muerto!
Isab. Què lo sufro! *Diego.* Què lo callo!
Isab. Para quàndo son las penas?
Diego. Para quàndo son los rayos?
Isab. Para quàndo las congojas?
Diego. Y las muertes para quàndo?
Isab. Muerta quedo. *Diego.* Sin mì voy.
Cam. A Dios, Luisa.
Luisa. A Dios, Camacho.

JORNADA SEGUNDA.

Suena ruido de desembarcar, y salen Don Diegô, y Camacho de Soldados.

Diego. Milagro ha sido, Camacho,
el poder desembarcar.
Cam. O pesia tal con el Mar,
y con el primer borracho,
que por èl se passeò!
Diego. De esta vez cierta es la guerra,
porque el Cesar toma tierra.
Cam. Y estàs contento? *Diego.* Pues no,
si mis esperanzas todas
(que assi lo puedo decir)
libradas tengo en morir,
y al Alva desembarcò?
Cam. Hace bien, que la mareta
và creciendo cada dia.
Salen el Duque de Alva, y el Marquès.
Duque. Que marche la Infanterìa
al muro de la Goleta.
Diego. Mondejar viene à su lado.
Marq. Todo el viento lo destroza.
Cam. Què Toledo, y què Mendoza?
Diego. Ya, como tan gran Soldado,
armado el Cesar, ocupa
la proa de la Real.
Duque. Què notable temporal!
Diego. Ya se acerca la chalupa,
y otra de conserva luego.
Dentro. Acosta, acosta la barca,
porque el Cesar desembarca.
Diego. Ya con uno, y otro fuego
le hacen la salva, al entrar
en el esquife lucido:
Valgate el Cielo! *Cam.* Què ha sido?
Diego. Que el Cesar cayò en el Mar;
no importa, que aqui estoy yo. *Vase.*
Cam. Al Mar tras èl se ha arrojado.
Duque. Què ruido es esse, Soldado?
Cam. Que el Cesar al Mar cayò,
aunque todos por mil modos
lo intentaron remediar.
Duq. Gran desdicha! *Marq.* Gran azàr!
Duque. Acudamos allà todos. *Vanse.*
Cam. O valeroso Español!
llega, buela, nada, corre,
ampara, ayuda, y socorre
al Sol, que peligra el Sol.
Ya rompiendo ovas, y lamas,
por aljofares, y espumas,
hace de los brazos plumas,
y de las plumas escamas.
Ya ligero como un potro,
sin recelo, ni embarazo,
corta el vidrio con un brazo,
y à su Rey saca con otro.
Ya junto à la orilla aborda,
sudando sin descansar,
y aun yo de verle sudar
sudo la gota tan gorda;
como quando pare alguna,
y empuja con el afàn,
que quantas delante estàn,
empujan tambien à una.
Mas ya sale: Jesu Christo!
de esta vez triunfo, y passèo,
enamoro, galantèo,
como, ceno, calzo, y visto;
porque èl no puede dexar
de ser Titulo à mi vèr,
y yo de su botillèr
es impossible escapar;
con que ricos nos hallamos,
de Carlos nos despedimos,
y à nuestra Patria escurrimos,

y

y en llegando nos casamos.

Sale Don Diego con el Emperador Carlos Quinto en los brazos, y el Duque de Alva, y el Marquès.

Diego. Afuera, pondrèle en tierra,
y podràn llegar despues.

Emp. Gran valor! Duque? Marquès?

Cam. Para medrar por la guerra,
harto tienes con lo hecho.

Duque. Denos vuestra Mageſtad
su mano. *Emp.* Primos, llegad
à mis brazos, y à mi pecho.

Duque. Què constante, y què sufrido!

Marq. Que solo el Cesar cayera
entre tantos! suerte fiera!

Emp. Què dices, Marquès?

Marq. Que ha sido,
por ser en ocasion tal,
azar, señor, el caer.

Emp. Mendoza, no hay que temer,
que aun no se os vertiò la sal.
Dònde se fue aquel Soldado,
que al Mar tràs mì se arrojò,
y en los brazos me sacò?

Cam. De aqui sales Potentado.

Marq. Mirad, que su Mageſtad
os llama. *Diego.* Suerte dichosa!
Isabèl es oy mi esposa.

Emp. Dadme los brazos, llegad,
que bien mis brazos merece
quien tuvo tanto valor.

Diego. Los pies me bastan, señor,
pues entre ellos se engrandece
la poca fortuna mia.

Duque. Embidia tuve à su accion.

Emp. De dònde sois? *Diego.* De Aragon.

Emp. Bien se vè en vuestra osadìa:
ha mucho que sois Soldado?

Diego. No señor, visoño soy.

Emp. Servid, que palabra os doy
de tener de vos cuidado:
venid, Duque, andad, Marquès,
y marche la Infanteria.

Duque. Vuestra Mageſtad podia
mudar vestido. *Emp.* Despues.

Marq. Ahora importa el abrigo,
porque venis muy mojado.

Emp. Mas l[illegible] queda aquel Soldado,
que al Mar se arrojò conmigo,
y contrastò la mareta;
y assi, dexadme marchar,
que no me he de desnudar
hasta entrar en la Goleta.

Duque. Serà la distancia poca,
si lo que acostumbro hago.

Emp. Pues cierra España. *Marq.* Santiago.

Duque. Toca al arma.

Emp. Toca. *Todos.* Toca. *Caxas.*

Vanse, y quedan Don Diego, y Camacho.

Cam. Muy frios hemos quedado.

Diego. A quièn, Camacho, pudiera
suceder, sino es à mì,
una cosa como esta?
Que el Cesar cayesse al mar,
que me arroje tràs del Cesar,
que nade montes de espuma,
que rompa por la tormenta,
que salga corriendo arroyos,
que su Mageſtad lo vea,
que libre en tierra le ponga,
que el mundo embidia me tenga,
y que quando, quando espero,
que por aquesta fineza
me favorezca con algo
para bolverme à mi tierra,
palabras, que lleva el viento,
solo me dè por respuesta!
Hay hombre mas desdichado!

Cam. Pues de quièn, señor, te quexas?
si tienes la culpa tù,
tù te culpa, que pudieras,
quando llegaste à sus plantas,
referirle tus tragedias,
y pedirle algun oficio:
que aun Dios, con ser Dios, se alegra
de que le pidan los hombres,
y no hay dia que amanezca,
que unos, y otros no le pidan,
ya justo, ò injusto sea.
Los pobres, que haya buen año;
los Tratantes, que haya ferias;
los Letrados, que haya pleytos;
los Mohatreros, que haya deudas;
los Ministros, que haya paces;
los Soldados, que haya guerras;
los Frayles, que haya limosnas;
las Monjas, que haya licencias;
los Medicos, que haya frutas

pe-

pepinos, y verengenas,
porque son tercianas dobles,
y hacen su Agosto con ellas:
Los Pasteleros, que haya
Toros, porque en estas fiestas
mueren algunos rocines,
que en los de à quarto se encierran:
Los discretos, que haya libros;
los bobos, que haya camuesas;
los Curas, que haya mortuorios;
los Sastres, que haya libreas;
los Jueces, que haya delitos;
los Musicos, que haya letras;
los enfermos, que haya fuentes;
los sanos, que haya tavernas,
aunque tavernas, y fuentes,
ya es todo una cosa mesma:
y en efecto, quantos viven
sin empacho, ni verguenza,
à Dios piden de comer,
quando el Pater noster rezan.
Dios es Dios, Carlos es hombre,
el uno entiende por señas,
y el otro ha menester gritos:
saca tù la consecuencia,
y perdona, que ya veo,
que hablo yo mas que una dueña,
que un Sastre, que un mequetrefe,
que un Barbero, y que un Poeta.

Diego. Ay Camacho! quien naciò,
como yo, con mala estrella,
ni diligencias le bastan,
ni meritos le aprovechan.
Y assi, pues que Carlos Quinto,
Señor de Mar, y la Tierra,
que premia à quantos le sirven,
à mì solo no me premia.
Isabèl de mì se olvida,
que es lo que mas me atormenta,
pues en dos años y medio
no he merecido respuesta
de tantas cartas escritas
por via de Doña Elena.
Don Fernando mas constante
la sirve, y la galantèa,
esperando celebrar
sus bodas, y mis exequias,
y del plazo señalado
solos seis dias me quedan
para vencer mi fortuna,
y para adquirir hacienda.
El remedio es el morir
como noble en esta guerra,
pues con la muerte en efecto
todas las desdichas cessan:
y assi en llegando la hora::- *Caxas.*

Cam. Ya las caxas, y trompetas
hacen señal de embestir.

Diego. Huelgome, porque lo creas,
y veas, que por los tiros,
por las picas, y las flechas
me voy metiendo, hasta que
de tantas, alguna pieza
me haga harina las entrañas.

Cam. No hayas miedo que lo vea.

Diego. Por què? *Cam.* Porque no estarè
tan cerca de tì, que pueda.

Diego. Yo sè, Camacho, que acierto.

Cam. Lleveme el diablo si aciertas.

Diego. Quien sabe lo que es amor,
dirà que el morir es fuerza.

Cam. Quien sabe lo que es vivir,
dirà que es gran borrachera.

Diego. La muerte todo lo acaba.

Cam. La vida todo lo alienta.

Diego. Los desdichados no viven.

Cam. Menos viven los que llevan
las patas àzia delante,
y vàn à comer arena.

Diego. No hay gusto sin Isabèl.

Cam. Muchos puede haver sin ella.

Diego. Muerto soy, si ella me falta.

Cam. Mas falta te harà una muela.

Diego. Eres en fin hombre baxo.

Cam. Pues cuentaselo à tu abuela.

Diego. O què respuestas tan frias!

Cam. O què locuras tan necias! *Vanse.*

Salen Don Fernando, y Doña Elena.

Fern. No quisiera que me viera
tu prima en esta ocasion.

Elena. Tienes, Fernando, razon;
mas Juana quedò à la puerta,
y no se descuidarà.

Fern. Traza como tuya ha sido.

Elena. Y està todo prevenido?

Fern. Todo prevenido està.

Elena. Y el hombre que ha de venir,
sabe ya lo que ha de hacer?

Fern.

Fern. Que no lo echarà à perder
solo te puedo decir;
pues fuera de ser mi amigo,
y vèr del modo que estoy,
vino ayer, y vase oy,
y no le han visto conmigo;
con que no puede poner
nadie en su crèdito dolo.
Elena. Por esse camino solo
à mi prima has de vencer.
Fern. Es verdad, mas solo temo,
si à Don Diego quiere tanto,
que la ha de matar su llanto.
Elena. Ya no es, no, con tanto extremo;
que como por orden mia
à la hora del partirse
concertaron escribirse,
y las cartas que èl embia
no se las doy à Isabèl,
ni èl vè lo que escribe ella;
èl està zeloso de ella,
y ella està ofendida de èl;
y assi lograr tu cuidado
puedes sin esse temor,
porque aunque es mucho su amor,
està mucho mas templado.
Fern. Pues en essa confianza
voy à ordenar lo dispuesto.
Elena. Lo que importa es, que sea presto,
que hay peligro en la tardanza.
Fern. Quàndo te parece à tì?
Elena. Dentro de un hora, ù de dos.
Fern. Pues à Dios, Elena. *Elena.* A Dios.
Fern. Un impossible vencì. *Vase.*
Elena. Quien me viere padecer,
quien me viere sollozar,
quien me viere aventurar,
quien me viere resolver,
y quien me viere en efecto
con engaños, y traiciones
decir, y hacer sinrazones
contra mi propio respeto,
juzguese desesperar,
imaginese sufrir,
considerese morir,
y mirese agonizar,
y verà como disculpa
mi pena con su dolor,
mi locura con su error,
y con su culpa mi culpa:
que los yerros fueran menos,
si aquellos que murmuràran,
de los suyos se acordàran,
quando riñen los agenos;
y assi, para que Isabèl
pierda toda su esperanza::-

Sale Juana.

Juana. Habla quedo, y con templanza,
que està detràs del cancèl.
Elena. Ya la he visto.

Salen Isabèl, y Luisa.

Isab. Muerta vengo.
Luisa. Ten de tì propia mancilla.
Isab. Si harè; traeme la almohadilla.
Luisa. Ya en el estrado la tengo.
Elena. Todas, prima, te aguardamos
de alegrarte deseosas.
Isab. Diligencias son ociosas
por mi parte; pero vamos,
siquiera por vèr si hay
un alivio para mì.

Descubrese un estrado, y sientase à labrar.

Luisa. La gasa tienes aqui,
y tù, señora, el cambray:
tù, que es menos embarazo,
essa camisa de Holanda:
tù las puntas de la vanda,
y yo, y Juana el cañamazo;
no hay sino hacer, y callar.
Isab. Ya yo, Luisa, estoy sentada.
Luisa. Llega mas essa almohada:
còmo te và de penar?
Isab. Como siempre, que el dolor
despues que mi bien perdì,
ya es naturaleza en mì.
Elena. Luego lo diràs mejor: *ap.*
muy poco contigo valgo.
Isab. Es la pena descortès.
Elena. Cantaràn? *Isab.* Canten.
Elena. Inès,
y Francisca, cantad algo.
Musica. Toda la vida es llorar
por amar, y aborrecer,
en dexando, por bolver,
y en bolviendo, por dexar.
Elena. Què verdades tan seguras
son las de algunos romances!
Isab. Què poco me alcanza à mì

lo

lo civil de estas verdades!
Elena. Por què?
Isab. Porque como siempre
estoy en amor constante,
quando lloro es por temerle,
mas no, prima, por dexarle.
Elena. Haces mal.
Isab. Quiero muy bien.
Elena. No te pagan?
Isab. Quièn lo sabe?
Elena. Tù lo sabes. *Isab.* Es engaño.
Elena. Es que quieres tù engañarte.
Isab. Don Diego siempre me quiso.
Elena. Don Diego pudo mudarse.
Isab. No hay razon para creerlo.
Elena. El no escribirte es bastante.
Isab. Puede ser que mas no pueda.
Elena. Lo que yo digo es mas facil.
Isab. Què puedo hacer, si le adoro?
Elena. Divertirte, y olvidarle.
Isab. Son muy vulgares remedios.
Elena. Què importa que sean vulgares?
Isab. No los abraza mi amor.
Elena. Què importa que los abrace?
Isab. Es tarde para sanar.
Elena. Todas sanan, aunque tarde.
Isab. No soy muger como todas,
y assi te cansas en valde.
Elena. Yo quisiera verte alegre.
Isab. Yo no quiero, siendo infame.
Elena. Querer vivir no es delito.
Isab. Si; mas lo es el ser mudable.
Elena. Danme lastima tus penas.
Isab. Mas lo haràn mis liviandades.
Elena. En fin, no valen mis ruegos?
Isab. En esto, prima, no valen.
Elena. Pues buelvome à mi labor.
Isab. Pues buelvome à mis pesares.

Sale Feliciano de Soldado.

Felic. Esta es sin duda la casa,
si no mienten las señales.
Luisa. Un hombre se ha entrado acà.
Elena. El es. *Juana.* Bien lo dice el trage.
Isab. Què es, señor, lo que quereis?
Felic. Si acaso errè, perdonadme,
que un forastero disculpa
tiene para yerros tales:
A Hipolito de Marsilla,
que vive en aquesta calle,
y pienso que en esta casa,
quisiera hablar, para darle
esta carta, y unas nuevas.
Isab. Son del hijo que fue à Flandes?
Luisa. Gracias à Dios, que te ries.
Felic. Si señora. *Elena.* Puedo darte
el parabien? *Isab.* Ay amiga!
el gozo apenas me cabe
en el pecho! *Felic.* No es aqui?
Isab. No señor, mas adelante,
à mano izquierda, es la casa
de esse hidalgo. *Felic.* Quien no sabe,
sin querer, cada momento
hace yerros semejantes.
Isab. En todo aciertan, señor,
los hombres de vuestras partes:
y còmo queda Don Diego?
que el ser vecina me hace
ser curiosa. *Felic.* No ha tenido
Italia quien le aventaje,
y aun esso le echò à perder.
Isab. Pues por què?
Felic. Porque en el lance
primero, que se ofreciò,
por querer adelantarse
mas, que muchos Coroneles,
y que algunos Capitanes,
una pieza le llevò,
sin poder nadie ayudarle,
la cabeza de los ombros.
Isab. Ay de mì! *Desmayase.*
Elena. Caso notable!
prima. *Luisa.* Señora.
Felic. Què ha sido?
Elena. Robòla el susto la sangre,
y hase quedado mortal.
Felic. Perdonad, si he sido parte
de esta pena, que à saber::-
Elena. Vos, señor, en nada errasteis.
Felic. Lo que me mandaron hice,
no debo mas: Dios os guarde. *Vase.*
Elena. Id vosotras, y avisad
de este repentino achaque
à mi tio. *Juana.* Vamos presto. *Vase.*
Elena. Y tù, Luisa, traeme, traeme
un vidrio de agua. *Isab.* Detente,
que ya el agua vendrà tarde,
porque me hallarà sin juicio,
quando muerta no me halle.

Muer-

Muerta estoy: Cielos piadosos,
no os admire, no os espante:
triste de mì, que escuchando
una desdicha tan grande,
dude, tema, desespere,
arda, tiemble, grite, clame,
llore, gima, pene, jure,
caiga, enferme, muera, acabe,
y acà de puertas adentro
de mis pensamientos, ande
como loca, sin saber
à nada determinarme,
que los golpes repentinos
no hay cordura, que no arrastren.
Valgame Dios! *Elena.* Si no tratas
de procurar olvidarle::-
Isab. Calla por Dios, y no seas
como algunos ignorantes,
que visitando à un enfermo,
le dicen, por consolarle,
que no imagine en el mal,
como si fuera muy facil
tener presente el dolor,
y del dolor olvidarse.
Yo estoy padeciendo aora,
sì, la enfermedad mas grave,
la calentura mas fiera,
el dolor mas penetrante;
pues en què quieres que piense
si no en sentir, y quexarme,
hasta que la pesadumbre,
que es enfermedad aparte,
se arraigue en el corazon,
y poco à poco me mate,
que es lo que yo solicito,
por alivio de mis males?
Aunque no, no digo bien,
mejor es vivir, mas vale
conservar aquesta vida,
y con risueño semblante
alegrarme, y divertirme,
no porque el vivir me agrade,
sino porque puede ser,
que viviendo (escuchadme)
viva Don Diego tambien,
aunque la vida le falte:
que si un gusano de seda,
quando elado, y muerto yace,
olamente con que el dueño,
que cuida de su hospedage,
dentro del pecho le abrigue,
le dè calor, y le guarde,
cobra la vida perdida,
y nuevamente renace
à usar de su propio ardid
en el capullo flamante;
bien podrè yo, bien podrè,
amorosa, tierna, afable,
con mi calor, con mi aliento,
con mi vida, con mi sangre,
encender esta pavesa,
revivir este cadaver,
y abrigar esta ceniza,
hasta reteger su estambre.
Y asi, yo quiero vivir,
porque à Don Diego le alcance
algo de mi vida, y viva,
como un gusano lo hace;
pues si muero, no es possible,
que le vea, ni le hable;
y si vivo, puedo verle,
pues puedo resucitarle.
Mas no, dexadme dar voces,
que aunque mi padre lo mande,
aunque el Pueblo lo murmure,
aunque el pundonor lo infame,
aunque el recato lo riña,
y aunque la virtud lo estrañe,
à todas horas mis ojos
han de dar claras señales
de que quise, que adorè
resuelta, firme, y constante
aquella difunta luz,
aquel ajado diamante,
aquella apagada antorcha,
y aquella deshecha nave,
que no hay respeto, ni temor que baste
con tantas penas, con dolor tan grande.

Vanse, y aparecese Don Diego en una muralla, con espada desnuda, una rodela, y un Estandarte.

Diego. Ea, Españoles, Tunez por España,
que aunq̃ llueva enemigos la campaña,
en el peligro la ocasion se muestra:
El Cesar viva, la victoria es nuestra.

Tocan caxas, y salen el Emperador, el Duque, y el Marquès con las espadas desnudas.

Duque. Ya Barbarroja huyò mal seguro.

Emp. Quièn es aquel Soldado, que en el muro
ha llegado à poner el Estandarte?
Duque. Marsilla pienso que es.
Emp. O Español Marte!
con quanto tengo, Duque, me parece,
que no satisfarè lo que merece.
Marq. Tambien en la Goleta hizo lo mismo.
Diego. España viva, y muera el Barbarismo.
Emp. Prosigase el assalto.
Duque. Cierra, España.
Diego. Ya la Ciudad se rinde.
Marq. Ilustre hazaña!
Emp. Ea, entrad, mis Leones, entrad luego,
y saqueadla à sangre, y fuego.
Dent. voces. El saco se permite.
Diego. Arriba. *Emp.* Arriba.
Diego. Viva el Cesar de España.
Todos. Viva, viva.

Tocan à embestir, y vanse, y salen tres Soldados cargados de despojos.

Sold. 1. Esto si, que es lucirse ser Soldado
un hombre: vive Dios, que voy cargado,
como allà en la Goleta de zequìes,
aqui de alfombras, piedras, y rubìes.
Sold. 2. Biẽ haya, amen, quiẽ invẽtò la guerra:
rico de aquesta vez buelo à mi tierra,
con seis jaèces Turcos de labores,
que no los tiene Solimàn mejores.
Sold. 3. O saco de los Cielos soberano!
aora sì, que camparà un Christiano
con dos collares, que de perlas, y oro,
valen, si no son falsos, un tesoro. *Vanse.*

Sale Don Diego.

Dieg. No hay hõbre, vive Dios, tã desgraciado,
que no haya puesto pie, q̃ no haya entrado
donde haya fuente, vaso, jarro, copa,
oro, plata, zequì, piedra, ni ropa,
y que quando no hay hombre que no salga
rico del saco, poco, ò mucho valga;
yo, que el primero entrè de tanta gente,
sangre de Moros saco solamente:
el juicio he de perder.

Sale Camacho con una talega al ombro.

Cam. O què bien pesa
la talega! parece una Abadesa:
à un galgo la quitè, y es cierta cosa,
que hay en ella riqueza portentosa:
dicha grande es triunfar del enemigo!
bolcarla quiero; vaya Dios conmigo.

Bacia à un lado la talega.

Jesus, què cantidad de baratijas!
ollas, cazuelas, alcuzcùz, botijas,
antojos, almohaza, gurupera,
estrivo, manta, freno, ratonera,
alpargatas, arnero, calzas, botas,
candil de garabato, y maniotas:
por Dios, que es gran tesoro,
Genovès Recoleto era este Moro.
Quiero bolverlo à recoger, no venga
alguno, que conmigo se entretenga,
y piense, que con esta carretada
à la Plazuela voy de la Cebada.
Diego. Loco estoy.
Cam. Mas alli siento à mi amo,
que al saco havrà venido como un gamo,
y tendrà (quièn lo duda?) de rubìes,
de alhajas, y de piedras carmesìes
una azemila ya como una sarta:
quiero decirle, que conmigo parta,
y que me dè siquiera mil diamantes:
Hà señor?
Diego. Hay desdichas semejantes!
Cam. No respondes? no hablas? estàs sordo?
què mas hiciera un Mercader muy gordo?
al Cielo miras, y las manos juntas?
Dieg. Què te he de respõder? què me preguntas?
Cam. Furioso estàs.
Diego. Estoy desesperado.
Cam. Otra talega como yo ha topado.
Diego. Y à matarme tambien estoy resuelto;
toma esta espada::-
Cam. El juicio se le ha buelto. *ap.*
Diego. Y matame. *Cam.* Què dices?
Diego. Esto digo,
haz cuenta, que naciste mi enemigo,
ò que eres mi contrario declarado.
Cam. Todo lo puedo ser, siendo criado;
pero darte la muerte es caso fuerte.
Dieg. Vive el Cielo, q̃ me has de dar la muerte,
ò te la he de dar yo.
Cam. Gentil partida:
escusalo, si puedes, por tu vida,
porque son muy costosas pataratas.
Diego. Matarète, por Dios, si no me matas.
Cam. Digo, que yo lo harè, suelta el acero:
aora bien, el humor llevarle quiero, *ap.*
hasta que gente venga,
que à mì me libre, y su furor detenga.

Diego.

Die. Què aguardas? llega, y matame, Camacho.
Cam. Juro à Dios, y a esta Cruz, que està borracho:
por dònde te he de dar ?
Diego. Por qualquier parte.
Cam. Quisiera con aliño homicidarte;
por la garganta quedaràs muy fiero,
porque con el aprieto del garguero,
como el que muere en puntos no repara,
sacaràs una lengua de una vara.
Diego. Pues passame este pecho.
Cam. Sea en buen hora:
que por aqui no passe un alma aora! *ap.*
echarè al lado izquierdo, ò al derecho?
Diego. Arrojate por medio.
Cam. Aquesto es hecho.
Dieg. Mas ha de ser de modo, que no ofendas,
quando la punta con el brazo extiendas,
de mi dueño la imagen.
Cam. Esso ha estado
discretissimamente reparado,
porque sin duda alguna la lisiàra,
si à troche, y moche por en medio echara;
y asi serà razon, si te parece::-
mas el Cielo mis ruegos favorece, *ap.*
que el Cesar sale.
Diego. Acaba, date prisa.
Cam. No puedo, porque pienso ser de Missa.
Dieg. Pues matarème yo, porque mas presto:-
Cam. Estàs en ti, señor?
Salen el Emperador, el Duque, y el Marquès.
Emp. Tened, què es esto?
Diego. Nacer sin dicha, y dar un hombre en lo-(co.
Cam. Y haver cargado delantero un poco;
quiere matarse.
Emp. Què decis? un hombre
de tan grande valor, de tanto nombre,
ha de pensar locura semejante?
Diego. Tengo causa, señor, y muy bastante.
Emp. Decidla presto.
Diego. Oidla atentamente.
Cam. Aora entra el pedir famosamente.
Diego. En Teruèl, Principe Augusto,
Cesar invicto de Roma,
Emperador de Alemania,
y Gran Monarca de Europa:
En Teruel, Ciudad insigne
de Aragon, y su Corona,
Reyno aparte, y Reyno tuyo,
que es en èl su mayor gloria,
naci: pluguiera à los Cielos
fuera mi vida tan corta,
que en la clausula de un dia
huviera cabido toda;
que vivir para ser pobre,
y mas en la edad de aora,
bien puede llamarse vida,
mas es vida muy penosa.
Dexo aparte mi crianza,
supongo mi Executoria,
passo por el ser bien quisto,
y voy solo à lo que importa:
porque donde el tiempo falta,
qualquier episodio sobra.
Vivia pared en medio
de mi casa (aqui es forzosa
la digression) una Dama;
no dixe bien, una Rosa;
mal la encarecì, una Estrella;
grossero anduve, una Aurora;
mucho la ofendì, una Venus:
poco la alabè, una Diosa;
todo es nada, una muger,
sin genero de lisonja;
cortès, como Ciudadana;
firme, como Labradora;
noble, como Montañesa;
compuesta, como señora;
discreta, como mil feas;
y linda, como ella sola.
Esta passe por pintura
de las prendas, que la adornan
à Isabèl; y sobre todo,
ser de mi gusto, que monta
mas, que todo lo demàs;
que para quien se enamora,
la que mejor le parece,
es solo la mas hermosa.
Pedìla, en fin, à su padre,
el qual (ay triste memoria!)
despues de otros muchos lances,
que huvo de una parte, y otra,
me respondiò, que sin duda
fuera mia la victoria,
à tener yo el Mayorazgo
de Don Fernando Gamboa,
hombre rico, y que a este tiempo
solicitaba sus bodas.
Yo entonces, viendo, que solo

era falta poderosa
para perderla el ser pobre
(porque ya el serlo es deshonra)
para ser rico le pido
termino, y èl me le otorga
de tres años, y tres dias:
acciones, señor, que todas
cosas de sueño parecen,
ò novelas fabulosas.
Y sin detenerme un punto,
ni atender à las congojas
de Isabèl, que aun à los bronces
ablandàran lastimosas,
con un Capitan, que estaba
de partida à Barcelona,
sentè plaza, y embarcados
en dos fuertes Galeotas,
en Florencia nos hallamos,
à tiempo que sus discordias
te obligaban à cercarla,
de cuya faccion heroica
era el Principe de Orange
General por tu persona.
Aqui he menester, señor,
que tu Mageſtad me oiga
con admiracion; bien puedo
decirlo de aquesta forma,
porque en una escaramuza,
que tuvimos peligrosa,
sobre estorvar un socorro
con la gente de Saxonia,
à mi Maestre de Campo
Juan de Urbina, honor, y gloria
de Madrid, vì atravessar
el pecho con dos pelotas,
que Felipe de Bullòn,
Caudillo de aquellas Tropas,
le tirò desde un cavallo,
hijo adoptivo del Boreas.
Yo entonces, de vèr corrido
del Saxon la vanagloria,
y de los nuestros la pena,
que mudamente la lloran,
rompiendo por todos quantos
estaban à la redonda,
vine à emparejar con èl,
el qual de mi furia loca
queriendo satisfacerse,
alza la cuchilla corba;
para alcanzarme mejor
sobre el cavallo se dobla:
mas yo, cubriendome todo
de una rodela Española,
el golpe reparo, y buelvo
con tal presteza la hoja,
que le llevè de un revès
muñeca, espada, y manopla.
Y bolviendome à mi puesto
antes que el passo me cojan,
si no presumido, ufano
quedè de accion tan airosa;
porque aunque no le matè,
por estàr tantos de escolta,
me pareciò, que havia sido
venganza mas rigurosa,
hacer zurdo à un hombre noble,
que matarle à toda costa.
Rendida Florencia, luego
passè con Andrèa Doria
à Petraso, y à Cotròn,
Patria de Plutarco honrosa,
y restauradas sus Plazas,
corrì de Grecia la Costa,
hasta que en Puerto Farina
fue mi suerte tan dichosa,
que encontrè à tu Mageſtad,
que en busca de Barbarroja,
doblando el cabo à Cartago,
lleno de marciales pompas,
daba fondo en la Goleta;
por mas señas, que las olas
se enfurecieron de modo
con una mareta sorda,
que al saltar con un esquife
por el lado de la popa,
zozobrò à vista de todos
la maritima carroza;
y apenas te vì caido,
quando al pàramo de aljofar
ligero buzo me arrojo,
y à tu Cesarea Persona
saco en mis brazos, rompiendo
montes de tegidas oves,
que intrèpidas batallaban
por bolverme à hurtar la joya.
Puesto cerco à la Goleta,
por un portillo de sogas
subì trepando hasta arriba,

sin

ſin que baſtaſſen piſtolas,
lanzas, picas, chuzos, flechas,
moſquetes, tiros, ni bombas,
à echarme de la muralla,
à donde matè en un hora
tanto numero de Turcos,
y de Moros tanta copia,
que quando quiſo acudir
al ſocorro Barbarroja,
no huvo meneſter eſcalas
para ſu muralla propia;
porque eran los muertos tantos,
que al romper por las marlotas,
ſu multitud aſſeſinada
ſervia de plataforma.
En Tunez hice lo miſmo
ſobre las almenas rojas,
tremolando el Eſtandarte
de tus Aguilas de Roma:
y todo à fin, gran ſeñor,
(que aſsi lo diga perdona)
de enriquecer, por ſi puedo,
ojàla amor lo diſponga,
mejorando de fortuna,
gozar de mi amada eſpoſa.
Pero viendo que no tengo
fortuna en ninguna coſa,
que mis finezas ſe pierden,
que mis hazañas ſe ignoran,
que los deſpojos me huyen,
que los hados me baldonan,
que mi eſperanza fallece,
que el tiempo corre la poſta,
que Iſabèl eſpera el plazo,
que los Cielos no lo eſtorvan,
y que à mi peſar, en fin,
ſe han de celebrar ſus bodas,
deſdicha, que ha de matarme
à la larga, ò à la corta;
à eſte criado, que ſiempre
me ha ſeguido en mis derrotas,
le roguè que me mataſſe
por modo de buena obra.
Eſta, ſeñor, es mi vida,
mi amor, mi pena, mi hiſtoria,
y la cauſa que he tenido
para una faccion tan loca.
Si ruegos, anſias, ſervicios,
aſſaltos, triunfos, victorias,
lagrimas, ſuſtos, trabajos,
aflicciones, y congojas,
valen para merecer
de tus manos generoſas
premio alguno, que equivalga
al intento que me exorta;
haz cuenta, ſeñor, haz cuenta,
que me lo dàs de limoſna,
y que como Dios, me haces
de nuevo, porque conozca
Aragon, Eſpaña, el Mundo,
que à tus rayos, y à tu ſombra,
la mas adverſa fortuna
ſe deſmiente, y ſe mejora:
y tambien, porque un amor,
el mas fino que haſta aora
ha viſto el mundo, ſe logre,
y à peſar de quien le enoja,
al fin llegue que deſeo,
con cuya faccion heroica
tu grandeza ſe ſublima,
mi voluntad ſe corona,
la virtud queda triunfante,
el poder ſus fuerzas poſtra,
Don Fernando pierde el premio,
mi afecto gana la joya,
Iſabèl me dà ſu mano,
ſu padre me galardona,
y yo la vida redimo;
porque ſiendo ella mi eſpoſa,
no hay dolor que me compita,
ni pena que ſe me oponga.
Emp. Notable hiſtoria, por cierto!
Marq. Notable, y aun prodigioſa.
Duque. Su amor iguala à ſu brio,
y uno de otro ſe ocaſiona.
Emp. Vos teneis mucha razon,
ſiendo, como ſon, notorias
vueſtras hazañas, de eſtàr
quexoſo de mi memoria:
mas no ha ſido culpa mia
en no eſtar premiadas todas,
ſino de vueſtra fortuna,
que parece que las borra;
porque queriendo poner
ſu ſatisfaccion por obra,
muchas veces ſin penſar,
ſe me han ofrecido coſas,
que han podido divertirme,
pe-

pero no podràn aora.
Y asi, digo lo primero,
que os hago de vuestra propia
Compañia Capitan,
y os doy de ayuda de costa
tres mil ducados cada año,
de las rentas que se cobran
de Teruèl, y del despojo,
que por mi parte me toca,
quatro mil para el camino.

Diego. Dexame, señor, que ponga
en la tierra, que merece
tocar tus plantas heroicas,
una, y mil veces los labios.

Emp. Vuestro valor os abona.

Cam. Y à mì no me abona nada,
que en todas las peleonas
le he acompañado?

Emp. Tambien,
para tu ayuda de costa,
dì, que te dèn mil escudos.

Cam. Por cada escudo una flota
Mexico te contribuya
de barras de à media arroba,
para conservar à Flandes,
que bien son menester todas.

Emp. Tù vete quando quisieres:
vos, Duque, haced que una Tropa
siga à Barbarroja; y vos
venid, para que responda
al Pontifice, y à España
avise de esta victoria.

Vanse, y quedan Don Diego, y Camacho.

Diego. Tantas, señor, te dè el Cielo,
que tus Aguilas famosas
mas allà de lo imposible
buelen siempre vencedoras.

Cam. Baylo, brinco, y zapatèo.

Diego. Huvo suerte mas dichosa?

Cam. Diòte al fin como quien es.

Diego. Es Carlos Quinto, que sobra.

Cam. Y aora què falta aqui?

Diego. Embarcarme à tomar postas.

Cam. Dì à cobrar nuestro dinero.

Diego. Pues vamos.

Cam. Serè una Onza.

Diego. Viva Carlos.

Cam. Carlos viva.

Diego. De esta vez mi amor se logra.

Cam. De esta vez Luisilla es mia.

Diego. De esta vez gozo mi esposa.

Cam. Y de esta vez Don Camacho
me apellido entre las mozas.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Isabèl, y Doña Elena.

Elena. Ya el termino se cumpliò,
ya qualquier remedio tarda,
ya el desposorio te aguarda,
y ya Don Diego muriò.

Isab. Pues bien, què puedo hacer yo?

Elena. Los ojos del suelo alzar,
siquiera por escusar
la sospecha à quien te vè.

Isab. Bien dices, asi lo harè,
y aun es fuerza à mi pesar;
porque es distinto el modelo
del que nace, y del que espira,
que el que nace al suelo mira,
y el que espira mira al Cielo;
yo hasta aqui miraba al suelo,
porque viva me juzguè;
mas ya al Cielo mirarè,
porque aunque llore, y suspire,
es razon, que al Cielo mire
quien agonizar se vè.

Sale Luisa.

Luisa. Mi señor te anda buscando,
y ya llega al corredor.

Sale Don Pedro.

Pedro. Isabèl? *Isab.* Padre, y señor?

Pedro. En què te detienes, quando
te estàn todos aguardando?

Isab. Ay de mì! Cielos, què harè? *ap.*

Pedro. Què dices? *Isab.* Que ya lo se.

Pedro. Pues què aguardas?

Isab. Ya te sigo.

Elena. Yo la llevarè conmigo.

Pedro. Y yo à esperaros me irè. *Vase.*

Isab. Ya llega de mi partida,
amigas, el fin postrero,
ya he muerto, sì, que no muero,
que el que muere aun tiene vida,
y yo estoy tan despedida
de la vida que gocè,
que quando difunta estè,

des-

deſpues por otro accidente,
la novedad ſolamente
de cadaver llevarè.
Muerta ſoy, y aun muerta ſiento,
porque venga todo junto,
para el guſto lo difunto,
lo vivo para el tormento:
y porque igualar intento
de Don Diego aſsi el amor,
que ſi èl me lleva en rigor
de ventaja la mortaja,
yo le llevo de ventaja
ſobre la muerte el dolor.
Ojos de llorar no enjutos,
lutos veſtid de dolor,
que una boda ſin amor,
no es mal paño para lutos:
y pues con amor los brutos
lloran, llorad mi peſar;
pero no, que es deſcanſar,
y mirandome morir,
por no dexar de ſentir,
aun no tengo de llorar.
Y vos, alma de los dos,
à Dios, que voy à morir,
pues lo podrè conſeguir
con acordarme de vos;
porque ſi imagino (ay Dios!)
que eſtais vivo, es tan crecida
eſta gloria, aunque fingida,
que, à peſar del hado fuerte,
deſpues de paſſar la muerte,
me buelvo à hallar en la vida.
Ruegos de un padre alcanzado,
porfias de un gran poder,
deſdichas de una muger,
y nuevas de un nuevo eſtado,
à conſentir me han forzado
mi caſamiento; mas miento,
que en tan terrible tormento
puedo ſin vos, y ſin mì
à otro dueño dar el sì,
pero no el conſentimiento:
que el sì la lengua le dà,
y el conſentimiento el guſto,
y la lengua con el ſuſto
no dice lo que hay acà:
que como en humedo eſtà,
y el corazon habla quedo,
al publicar ſu denuedo,
haciendo del llanto riſa,
ò desliza con la priſa,
ò reſvala con el miedo.
Ya, Don Diego, en fin, me caſo,
quando el amor dexo atràs;
mas no puedo decir mas,
que el dolor ſe ha pueſto al paſſo:
lo que ſufro, lo que paſſo
no tiene ponderacion,
y aſsi callarlo es razon;
y ſi de oìrlo guſtais,
en el corazon eſtais,
preguntadlo al corazon. *Vanſe.*

Dicen dentro Don Diego, y Camacho.

Diego. Tèn eſte eſtrivo, Camacho.
Cam. Dì ſi me puedo tener,
porque no tengo ningun
hueſſo que me quiera bien.

Salen Don Diego, y Camacho de camino.

Diego. Has guardado las maletas?
Cam. Ya las maletas guardè.
Diego. Y pagaſte al Poſtillon?
Cam. Si ſeñor, ya le paguè,
como quien paga al Verdugo
los azotes, y el cordèl.
Diego. Pues andemos. *Cam.* Ya te ſigo,
aunque mal parado, à fè:
pero dime, ya que havemos
venido à todo moler,
deshecha la horcajadura,
molida la redondèz,
magullada la barriga,
deſportillado el embès,
y aturdido el eſpinazo
del trotante palafrèn,
por què al entrar del Lugar
te has apeado? por què?
Diego. Por eſcuſar alborotos,
y (ſi es poſsible) ſaber,
antes de entrar en mi caſa,
de la ſalud de Iſabèl,
y el eſtado de ſu amor,
que ſi al alma he de creer,
no sè què me dice el alma.
Cam. Ya el temor injuſto es,
ya fuiſte à ſervir al Ceſar,
ya el Ceſar te hizo merced,
ya en Tunez nos embarcamos,

y ya entrambos en Teruèl
el mismo dia que el plazo
se cumple de tu placer;
pues què temes? què recelas?
Diego. Temo que passado estè;
mas oye, que dà el relox.
Cam. Cuento pues: una, dos, tres,
quatro, cinco, seis. *Diego.* Ay triste!
Cam. Siete, ocho, nueve, diez:
las diez son.
Diego. Pues tarde vengo.
Cam. Por què?
Diego. Porque yo llevè
tres años, y mas tres dias
de termino. *Cam.* Ya lo sè.
Diego. Salì dia de la Cruz
à las ocho. *Cam.* Dices bien.
Diego. Oy se cuentan seis de Mayo,
y las diez dàn en Teruèl,
de ocho à diez dos horas vàn;
luego dos horas despues
llego del plazo propuesto,
que al partime concertè.
Cam. Es verdad, mas què es dos horas?
Diego. Es un siglo para quien,
si tiene alguna fortuna,
ha sido à mas no poder.
En un punto, en un instante
se pierde un Reyno tal vez,
se sorbe el Mar una Armada,
se vè una Ciudad arder,
desmantelarse un Castillo,
y una Torre dà un baibèn:
mas ya estamos en la calle.
Cam. Y añade, en la casa de
aquel Serafin de alcorza.
Diego. Arrebozate tù bien,
que anda gente por la calle,
y te podràn conocer. *Retiranse.*
Salen Fabio, y Luisa.
Luisa. Haz, Fabio, que prevenidas
dos, ò tres hachas estèn,
para quando las visitas
salgan. *Fabio.* Voyte à obedecer. *Vase.*
Diego. No es Luisa? *Cam.* Si.
Diego. Pues yo llego
à hablarla: Luisa? *Llegase à ella.*
Luisa. Quièn es?
Diego. Don Diego; no me conoces?
Luisa. San Blàs, San Luis, San Miguèl
me valga.
Diego. Què es lo que dices?
Luisa. Sombra fria, sueltame.
Diego. Estàs loca? *Luisa.* Si Rosarios,
ò Missas has menester::-
Cam. Què Rosarios, ni què Missas?
Luisa, demonio, ò muger,
tienes juicio, ò dasnos còmo?
Luisa. Es Camacho? *Cam.* No lo vès?
y no vès à mi señor?
allega, apropinquate.
Luisa. Luego vives? *Diego.* Luisa, sì.
Luisa. Aora te abrazarè,
sì bien con harto pesar
del que despues te darè.
Cam. Y à mì no me pariò madre?
Luisa. Tuya soy, y lo serè.
Diego. Parece que estàs turbada?
Luisa. Apenas puedo bolver
en mì del susto.
Diego. Quièn duda,
que se havrà dicho en Teruèl,
que era muerto? *Luisa.* Si señor.
Diego. Pues si esso es asi, por què
no vàs bolando à avisar
de mi venida à Isabèl,
para que el pesar desquite,
que ha tenido, y para que
cobre la vida en mis brazos?
Luisa. Pienso que no podrà ser,
que mi señora::- *Diego.* Ea, dilo.
Luisa. No te quisiera ofender.
Diego. Mas me ofendes en callar;
habla, pues. *Cam.* Animate.
Luisa. Que mi señora::-
Diego. Què tiemblas?
Cam. Ya yo estoy como un papel.
Luisa. Està::- *Diego.* Què està?
Luisa. Desposada,
porque la hicieron creer,
que eras muerto, y aun su padre
se lo asegurò tambien.
Cam. Cuerpo de Christo contigo.
Diego. Y dime (apenas mover
puedo la lengua: ay de mì!)
y con quièn, Luisa, con quièn?
Luisa. Con Don Fernando.
Diego. Y ha mucho?

bien

Cam. Aqui *ap.*
mi patarata se encaxa:
Quièn dice que el Marquès baxa?
Fern. Yo lo digo. *Cam.* Serà asi.
Fern. Sois su Criado? *Cam.* Si à fè,
y à quien mucha merced hace.
Fern. Pues seguidle.
Cam. Que me place:
lindamente me escapè. *Vase.*
Fern. Dònde tu señora està?
Luisa. Mortal estoy, ay de mì! *ap.*
Con la Madrina la vì,
que iva à recogerse ya;
pero si gustais que vaya,
y de tu parte::- *Fern.* No quiero,
que verla muy presto espero:
todo me turba, y desmaya. *ap.*
Isabèl tan desabrida
se muestra, y tan mal hallada,
que aun antes de estàr casada
se supone arrepentida.
Porque quando el sì me diò,
que yo mal formado oì,
con la boca dixo sì,
pero con el alma no:
que aunque el sì fue pronunciado,
y el no solo el elegido,
el sì no quedò entendido,
y el no quedò declarado.
Fuera de esto, quando estaba
en la mesa sin poder
sus congojas esconder,
mudamente sospechaba;
aunque no era por mì, no,
puesto que yo lo sentì,
porque para ser por mì,
estaba muy cerca yo;
y despues acà no ha sido
posible dexarse vèr;
pues esto què puede ser?
pero ya està conocido:
que claro està, que el dolor
de su amante, y de su muerte
la tendrà de aquesta suerte,
no hay en esso duda, honor:
y asi, vivid sin recelo,
y proceded con recato,
que el tiempo, el amor, y el trato
brasa bolveràn su yelo.
Vè, Luisa, y dile à mi esposa::-
Luisa. El alma en un hilo està. *ap.*
Fern. Que si licencia me dà,
irè à vèr su luz hermosa,
que aunque ya la puedo vèr
sin poderla tener miedo,
quiero lucir lo que puedo,
dexandolo de poder.
Luisa. Ya te obedezco. *Fern.* No vàs?
Dentro Isabèl. Ay de mì!
Fern. Mas tèn, aguarda,
que aquella voz me acobarda.
Dentro D. Diego. Muerto soy.
Fern. Aquesto mas?
Luisa. Huvo desdicha mayor!
Fern. Cielos, què puede ser esto?
pero yo lo sabrè presto.
Isab. Matadme, Cielos, aora.
Fern. A esta parte la voz suena;
pues què dudo, que no entro?
Correse una cortina quando và à entrar, y sale al encuentro Doña Isabèl, sin chapines, que estarà junto à Don Diego, que ha de estàr muerto sobre una almohada del estrado.
Isab. Quièn es?
Fern. Sucesso espantoso!
yo soy.
Isab. Quièn es yo? *Fern.* Tu esposo.
Isab. Pues si te ofende el encuentro,
matame. *Fern.* Primero trato::-
Và à sacar la daga.
Isab. Tèn, ya èl se diò la muerte
sin espada. *Fern.* De què suerte?
Isab. De esta suerte: escucha un rato.
Decirte, que D. Diego fue mi amante,
no es importante aqui; voy adelante.
Encarecer de entrambos los desvelos,
es dar zelos; escusote los zelos.
Referirte, que fue por un fracaso,
importa poco; à lo que importa passo.
Jurar, que me dixeron que era muerto,
claro se viò; supongolo por cierto.
Pretenderme tù entonces mas osado,
nadie lo ignora; doylo por contado.
Presumir, que mi gusto te ha ofendido,
engaño es suyo; tenlo por sabido.
Y pensar, que soy parte en tal sucesso,
ya se verà; no me detengo en esso.

Y asi, sin reparar aquesta historia,
pues yo tengo dolor, y tù memoria,
las velas al parentesis recojo,
el caso cuento, y à morir me arrojo.
De tì me apartè apenas, quando, quando
à mi quarto passando,
encontrè con Don Diego,
ambos quedando inmobiles tan luego,
que quando à nuestro sèr bolver quisimos,
ò bolvimos ya tarde, ò no bolvimos.
Cobrême, en fin, mirèle atentamente,
passòse el accidente,
centelleò tocado
el fuego, aunque encubierto, no apagado,
y à vista del honor, y el galentèo,
lidiaron el recato, y el deseo:
porque vivo Don Diego, yo casada,
la ocasion apretada,
el efecto impedido,
dispierto el gusto, el pundonor dormido,
ageno el cuerpo, y suya el alma mia,
piensa tù lo que entonces pensaria.
Temeridad parecerà culpable,
que una muger le hable
à su marido asi, dandole cuenta
de si pudo pensar, ò no su afrenta.
Y si esto es culpa, aquesta culpa
me sirva de respuesta, y de disculpa;
porque quien por muger admite dama,
que sabe que à otro ama,
aunque honrada no quiera
passar por los agravios de acà fuera,
à todas horas, y à qualquier encuentro
ha de sufrir por fuerza los de adentro.
Contèle por mayor mi pesar junto,
escuchòle difunto,
y al querer despedirme,
loco, ciego, perdido, amante, firme,
se fue tràs mi, diciendo afectuoso,
que yo su esposa era, y èl mi esposo.
Yo entonces, porque tù no lo sintieras,
y la muerte le dieras,
hallandole conmigo,
que le aborrezco desdeñosa digo:
para Don Diego tòsigo tan fuerte,
que le pude matar; el còmo advierte:
Quando padece el corazon, es cierto,
que à socorrerlo vienen de concierto
los vitales espiritus, cuidando
de suplir el calor, que và faltando:
esto supuesto por verdad constante,
à la pena bolvamos de mi amante.
Oyò su corazon aquel desprecio,
y fue el golpe tan recio,
que à remediar sus males
tanto tropèl de espiritus vitales
cargò sobre èl, que sin poder moverse,
de socorrido vino à resolverse;
porque como eran muchos, y querian
todos entrar à hacer lo que debian,
y los que dentro entraron no cupieron,
de suerte le apretaron, y oprimieron,
que sin poderlo remediar le ahogaron,
y por dexarle vivo, le mataron.
En fin (ay triste!) alborotado el pecho,
el corazon deshecho,
quebrantada la vida,
torpe la lengua, la color perdida,
el pulso intercadente, el cuerpo frio,
en pie el cabello, turbulento el brio,
llamò por señas à la muerte, y luego
aquel de tierra, y fuego
edificio viviente,
desplomado crugiò subitamente,
y desnudado ya de su aparato
en si cae, ò no cae estuvo un rato.
Lleguème à èl, à tiempo que ya havia
comenzado à espirar (ay alma mia!)
mas como oyò mi voz, y al alma en ella,
el alma suya se parò à cogella;
y asi, al querer dexar la vida en calma,
el alma le detuve con el alma.
Pero como temiendo los enojos,
à la puerta tal vez bolvia sus ojos,
y èl, aunque se alentaba en mi presencia,
deseaba morir por diligencia,
una vez que tardè, rompiò el candado,
y acabò de morir lo comenzado.
Muriò Don Diego; mas la lengua miente,
que yo, yo solamente
lo matè por matarme,
viviendo para mas atormentarme,
pues muero como èl, de angustias llena,
si no con tanta prisa, con mas pena;
porque tan muerta estoy, que si la muerte
deshace el nudo fuerte
del matrimonio santo,
yo he muerto ya para la vida tanto,
que

bien temì, bien recelè. *ap.*
Luisa. Havrà un hora.
Diego. Cielos, còmo *ap.*
me dais muerte tan cruel?
Havrà un hora? con todo esso,
vè por Dios, Luisa mia, vè,
y dila, que estoy aqui.
Cam. Ya no serà menester,
que ella sale. *Luisa.* Assi es verdad;
mas porque puede el placer
matarla con el pesar,
si de repente te vè,
dexame llegar primero.
Diego. Aqui aguardo, llega, pues.

Sale Doña Isabèl.

Isab. Mientras mi tirano esposo
(que ya por mi mal lo es)
cumple con los combidados,
por escusar que me dèn,
quando muriendome estoy,
de mi mal el parabien,
vengo huyendo de mì misma.
Luisa. Dame albricias. *Llega.*
Isab. Yo de què?
Luisa. De un gran gusto.
Isab. No es possible,
Luisa, ni le puede haver
en el mundo para mì;
pero en fin, dime, de què?
Luisa. Don Diego vive.
Isab. Què dices?
Luisa. Yo acabo de estàr con èl.
Isab. Con Don Diego?
Luisa. Con Don Diego.
Isab. A buen tiempo en buena fè:
Y ha mucho que vino?
Luisa. Aora.
Isab. Bien està: suerte cruel! *ap.*
Luisa. Còmo con tanta tibieza,
sin abrazarme, ni hacer
extremos, has escuchado
una nueva, que pensè,
que te matàra por grande?
Isab. Porque aunque gusto me dè,
placer, que ha de ser pesar,
mas es pesar, que placer:
Y sabe ya mi desdicha?
Luisa. El te puede responder.
Isab. Valgame Dios!
Diego. Trance fuerte! *Llega.*
si señora, ya lo sè.
Isab. Don Diego? *Diego.* Isabèl?
Isab. Bien mio?
mio dixe? mentì, errè;
pero con mucha disculpa,
que como siempre te hablè
en la lengua de mi amor,
y es dificil de aprender
qualquiera lengua estrangera,
quando en la ocasion me hallè,
à la materna me fui,
y la estrangera olvidè,
porque èsta me suena mal,
y aquella la entiendo bien.
Mucho quisiera decirte;
mas vete, que puede ser
que mi esposo::- Còmo vienes?
Diego. Ya veràs como vendrè;
y tù? *Isab.* Muerta: mas ay Dios!
no me puedo detener:
solo te podrè decir,
(breve por fuerza serè)
que un Soldado dixo (Luisa,
mira desde esse cancèl)
que eras muerto, y lo que entonces
suspirè, gemì, llorè::-
pero ya no es tiempo de esso.
Diego. Pues de què es tiempo?
Isab. De hacer
cuenta, que es la vez postrera,
que has de verme, aquesta vez.
Yo te quise, ya lo sabes;
tù te fuiste. *Diego.* Ya lo sè.
Isab. Don Fernando porfiò,
diò voces el interès,
huvo nuevas de tu muerte;
mal haya el aleve, amen,
que las trajo, pues me veo
en este estado por èl.
Corriò el tiempo, llegò el plazo,
hice amante mi deber,
amenazòme mi padre,
es padre al fin, soy muger;
y al cabo::- dirèlo? si;
al cabo me desposè,
à mi pesar: ya lo dixe;
y assi, dexa, dexame,
que me pierdo, si te miro

y no me quiero perder.
Diego. Advierte::-
Isab. Ya no es posible.
Diego. Tampoco por tu desdèn,
es possible que yo passe.
Isab. No puedo otra cosa hacer.
Diego. Dì à tu padre que estoy vivo.
Isab. Ya de provecho no es.
Diego. Habla claro à Don Fernando.
Isab. Tieneme ya en su poder.
Diego. Prueba la fuerza.
Isab. No hay tiempo.
Diego. Vente conmigo.
Isab. No es ley.
Diego. Huye sola. *Isab.* No sè donde.
Diego. Hablale al Juez.
Isab. No hay Juez.
Diego. Dì que eres mia.
Isab. Ya es tarde.
Diego. Matame.
Isab. Quierote bien.
Diego. Correspondeme.
Isab. Soy noble.
Diego. Pues algun medio ha de haver.
Isab. Quiero callar, y morir.
Diego. El morir escogerès;
pero ha de ser confessando
tu voluntad, y tu fè.
Isab. Mira que tengo marido.
Diego. Yo lo soy tuyo, Isabèl,
y de tì no he de apartarme,
aunque mil muertes me dèn.
Isab. Y mi honor?
Diego. Pierdase todo.
Isab. Y tu vida? *Diego.* Falteme.
Isab. Y mi esposo?
Diego. No te goce.
Isab. Y mis deudos? *Diego.* Matenme.
Isab. En fin, mi ruego no basta?
Diego. Esto ha de ser, Isabèl.
Isab. Pues matarème yo propia. *Vase.*
Diego. Pues matarème tambien. *Vase.*
Luisa. Ay Camacho! algun gran mal
ha de suceder aqui.
Cam. Consultenme ellos à mì,
y no sucederà tal:
mas demos una puntada
nosotros en nuestras penas,
supuesto que en las agenas
no podemos hacer nada,
por ser gente mas civil.
Luisa. El susto me ha detenido:
còmo, Camacho, te ha ido?
Cam. Mil escudos traigo. *Luisa.* Mil?
Cam. Tanto ojo se le ha abierto, *ap.*
al oìr ya mis arengas.
Luisa. Mil años de vida tengas:
pero dime, si esso es cierto,
que sin duda serà asi,
quàntos de ellos me daràs?
Cam. Todos: pero à vèr no mas,
y esso una legua de aqui. *ap.*
Luisa. Dicenme, que con los Moros
fuiste un Cisne, digo un Cid.
Cam. Nadie me igualò en la lid.
Luisa. No havrà fiestas, no havrà Toros,
como verte pelear.
Cam. En una tarde matè
mil enemigos, mas fue
viniendome de espulgar.
Y tù còmo lo has passado?
Luisa. Pensando que eras difunto,
una toca con un punto
siempre ha sido mi tocado.
Cam. Toda aquessa voluntad
creo yo de tu virtud:
asi tengas la salud, *ap.*
como dices la verdad.
Mas parece que oigo ruìdo.
Luisa. Ay Camacho! mi señor.
Cam. Para un buen renegador
viene el encuentro nacido.
Què he de hacer, Luisa?
Luisa. Quizà
no havrà reparado en tì.
Cam. Mas si ha reparado en mì,
quizà me despeñarà.
Luisa. Què he de decirle à tu amo?
Cam. Dì, que allà baxo le espero,
si no me agarran primero,
y me atienden al reclamo.
Luisa. No haràn; vete, que esta noche
todo se sufre, y se passa.
Cam. Dios me saque de esta casa
con bien.

Sale Don Fernando.

Fern. Prevenid el coche,
que ya el Marquès baxa.

Cam.

que puedes ſin eſcrupulo caſarte,
como hõbre q̃ ha enviudado en otra parte.
Aqueſta es la verdad de todo el caſo,
eſte el dolor que paſſo,
eſte el af:n que ſiento,
aqueſte el torcedor, eſte el tormento,
que en el dia infelice de mis bodas
me eſtà rompiendo las entrañas todas.
Si imagina tu amor, ſi tu honor pienſa,
que aun atomo de ofenſa
en mi recato cupo,
ſepa vengarſe quien penſarlo ſupo;
el pecho me atravieſſa con tu eſpada,
en duda de inocente, ò de culpada.
Matame digo, q̃ aunque el Sol luciente
no es, no, tan tranſparente
como el decoro mio,
te eſtimarè qualquiera deſvario;
porque ſi yo he de hacerlo de conſtante,
muerto me lo tendrè para adalante.

Fern. Los ojos lo eſtàn mirando, *ap.*
y apenas el alma puede
reſolverſe à que es verdad,
dudoſa, è indiferente.

Iſab. Què dices? *Fern.* Digo, Iſabèl,
que en el ſuceſſo preſente,
ni tu congoja me admira,
ni mi ſoſpecha me ofende;
porque hallarte con un muerto,
y muerto de aqueſta ſuerte,
mas es virtud que delito,
porque debe ſuponerſe,
que Don Diego no muriera,
ſi no fueras tù quien eres;
porque ſabiendo quien ſoy,
bien facil dexa entenderſe,
que harè ſiempre lo que debo,
en no haciendo lo que debes.
Y aſsi, ſupueſto que es fuerza,
que te peſe, ò no te peſe,
ſer tu eſpoſo, y que tu honor,
y aun mas que à tì, me compete,
para que no corra rieſgo,
que es lo que puede temerſe
en tal caſo, mi perſona,
y tu opinion, me parece::-
mas aguarda, que ya buelvo. *Vaſe.*

Iſab. Haz, ſeñor, lo que quiſieres.
Valgame Dios! es verdad
aqueſto que me ſucede?
que hay deſdichas, que aun las duda
el miſmo que las padece.
Don Diego muerto, y yo viva?
èl amante, y yo prudente?
èl difunto, y yo ſenſible?
èl rendido, y yo rebelde?
èl ſin alma, y yo con forma?
y èl cadaver, finalmente,
y yo reſpiro cobarde?
O peſe à la lengua aleve,
que tal dice! y peſe à mì,
que permito que lo cuente,
ſin que à fuerza del dolor
ſe me parta, ò ſe me quiebre
el corazon por en medio,
tierna, y doloroſamente?
Corrida eſtoy, vive Dios,
corrida eſtoy de que fueſſe
la peſadumbre en Don Diego
à matarle ſuficiente,
y en mì ſu muerte, que es mas,
no baſte à darme la muerte!
Sin duda no he reparado
en ello, porque no puede
haver otra cauſa, para
no morir de repente.
Pues buen remedio, anſias mias,
mirèmos atentamente
eſte eſpectaculo triſte,
ſerà vueſtro fin mas breve;
porque para quien le adora,
què mas cuchillo que verle?
Ea, penas, acabemos,
que ſeràn injuſtas leyes,
que no muera de una vez,
quien eſto mira dos veces.
Anſias, llegad todas juntas,
dolores, venid crueles,
congojas, creced las iras,
ojos, aumentad las fuentes,
amor, doblad las ânguſtias,
vida, ſentid los deſdenes,
cuerpo, deshaced los nudos,
alma, apretad los cordeles,
porque confieſſe la vida
lo que ſabe, y lo que ſiente.
Y vos, dueño idolatrado,
dos veces muerto, y auſente,

que

que en mis brazos, y à mis ojos
espirasteis; más no pueden
ya las palabras formarse,
ni las razones tegerse,
porque en la garganta el nudo,
ò las ata, ò las detiene.
Albricias, Amor, que ya
muero, si el dolor no miente;
ya la lastima me ahoga,
ya la lengua se entorpece,
ya el corazon se desmaya,
ya el aliento se suspende,
ya el pulso late sin orden,
ya los parasismos crecen,
y ya el alma fatigada
casi se assoma à los dientes.
Y assi, antes que la vida,
como te dexò, me dexe,
para cumplir con tu amor,
y con tu fè juntamente;
toma, toma, esposo mio,
(pues para con Dios lo eres)
esta mano, para que
quien se llamò tuya siempre,
ya que no pudo en la vida,
lo pueda ser en la muerte.

Dale la mano à Don Diego, y cae muerta, y salen Don Pedro, Don Fernando, Doña Elena, Camacho, Luisa, y Criados.

Fern. Esto passa. *Pedro.* Caso raro!
Cam. Gran dolor!
Elena. Cielos, valedme,
porque à sufrir tanto golpe
no basto yo solamente.
Fern. Llegad todos, porque todos,
como testigos fieles,
podais deponer del caso
quando ocasion se ofreciere:
Mas que es lo que vèn mis ojos?
Pedro. Mayor mal el alma teme.
Fern. Matarèla, vive el Cielo:
señora. *Elena.* Prima.
Fern. Detente,
porque pienso que està muerta.
Cam. Verdad es, sin que lo pienses.
Fern. Còmo? *Cam.* Como no responde,
ni de una parte se mueve.
Fern. Tambien la matò la pena.
Pedro. Quièn havrà que se consuele?
Fern. Notable afecto de amor!
Elena. El dolor todo lo puede.
Cam. Señores, una palabra
por caridad solamente.
Esta es verdad infalible,
que aun en Teruèl permanece
el sepulcro de estos dos
Amantes, muertos en cierne.
Y supuesto, que en un dia
tan triste, no es conveniente,
que nadie quiera casarse,
y que les plazca, ò les pese,
solteros se han de quedar;
solo en el caso presente
resta, que nos perdoneis
las faltas, como corteses,
que de parte de Montano
os lo pido humildemente;
con que tendrà la Comedia
dichoso fin, si tuviere
meritos para agradaros,
quien à serviros se ofrece.

FIN

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1765.